

Críticas

GATHORNE-HARDY, JONATHAN: *The Interior Castle. A Life Of Gerald Brenan*, Sinclair-Stevenson, Londres, 1992, 660 pp.

«No se puede acceder a la verdad escribiendo historia, sólo se accede a ella con las novelas.» Recibí esta tajante advertencia durante una incómoda entrevista con Gerald Brenan después que hubiera rechazado mi petición, en nombre de los editores de la *Oxford History Of Europe*, de escribir el tomo sobre la España moderna. Creo saber lo que quiso decir: el historiador, encadenado a sus fuentes, no se permite el salto intuitivo del poeta y el novelista. Sin embargo, había sido la publicación de su historia de la España moderna, *El laberinto español*, en 1943, lo que había convertido en héroe cultural a un novelista pasable y poeta de segunda, conocido sólo en un círculo limitado de amigos admiradores.

El impacto de *El laberinto español* sólo puede entenderse por el estado de nuestros conocimientos sobre la historia de España en la década de 1940. A fines del siglo XVIII apareció un puñado de sobrios estudios sobre España, todos los cuales había utilizado Brenan con gran destreza: Swinburne (1779), Jardine (1788) y Townshend (1792). El renovado interés en el país donde habían batallado los ejércitos de Wellington coincidió con el descubrimiento que hizo el Romanticismo de una nación que, si bien oprimida por gobiernos corruptos, había conservado, no obstante, un igualitarismo social, una *sociedad* democrática, que la Europa burguesa había perdido. Fue

éste un estereotipo que iba a distorsionar la historiografía sobre España durante siglo y medio, y que Brenan adaptaría a sus propios fines. La excéntrica obra maestra del género romántico escrita por Borrow, *La Biblia en España*, vio la luz en 1843. Dos años después, aquel irritable Tory que fue Richard Ford, fanático admirador del Gran Duque de Wellington, publicó su *Manual para viajeros por España*, que ha sido objeto de saqueo por los historiadores desde entonces.

Al fin y a la postre, se trata en su mayor parte de trivialidades turísticas o verborrea romántica. Por asombroso que parezca, no existía una historia seria de la España moderna, aparte de la obra de H. Butler Clarke, que termina en 1898. Había, pues, una gran laguna que pedía a gritos ser llenada. Y Brenan la llenó en beneficio de un público que recordaba las pasiones despertadas por la Guerra Civil de 1936-1939 y estaba huérfana de alguna explicación de sus raíces.

Para mi generación, por consiguiente, *El laberinto* fue una revelación. A mí me indujo a abandonar un estudio profesionalmente respetable sobre los precios del cobre sueco en el mercado de Amsterdam, para intentar una explicación de por qué la que fue en su día gran potencia, el país de Cervantes y Velázquez, se había convertido, bajo la jefatura de Franco, para emplear la memorable frase de V. S. Pritchett, en una nación «pobre de cuerpo y abatida de espíritu». El azar determina nuestras vidas. Si el propio Brenan hubiera accedido a escribir el libro para la Oxford History, yo habría quedado condenado a arar los campos baldíos de la historia fiscal sueca.

En 1966 escribí que la obra de Brenan era «con diferencia la introducción más estimulante y original a la historia de España». Y sigue siendo estimulante, pero no era original. Como reconoce Jonathan Gathorne-Hardy en su biografía de Brenan, *The Interior Castle*, la tesis central de *El laberinto* tiene un largo e ilustre linaje. España, escribió Brenan, es la tierra de la patria chica; su «situación normal es la de una serie de repúblicas materialmente hostiles o indiferentes entre sí agrupadas en una vaga federación», que sólo se mueve al unísono cuando está «infectada por un sentimiento o idea común». Una vez que la idea decae, aquélla se disgrega. Escuchemos a Ford: «Desde los primeros momentos hasta el presente, todos los observadores han advertido este *localismo* como característica sobresaliente de los

ibéricos. España es hoy, y ha sido siempre, un racimo de pequeños organismos sujetos por una cuerda de arena.» Se unen frente a un elemento foráneo, pero una vez expulsado éste, «vuelven inmediatamente a disputar entre sí». Y Brenan escribe: «las capas más profundas del pensamiento político español son orientales». Para Ford, las corrientes subterráneas de la historia española se encontraban en el «sistema oriental... Han de ser juzgadas, ella y sus naturales, con un rasero oriental».

El mérito de Brenan no fue solamente el familiarizarnos con las observaciones de Ford y sus predecesores. También las enriqueció. Como dice Gathorne-Hardy, *sintió* (la cursiva es de Gathorne-Hardy) ese «localismo» de que hablara Ford cuando vivía en Yegen, un pueblo pequeño y, habría que añadir, sociológicamente atípico, de las Alpujarras. Su «raíz primaria» con la realidad española estuvo siempre en sus criados y amigos del pueblo. Es extraordinario que Brenan, que llegó a gozar de una considerable fama entre la oposición intelectual a Franco, no hiciera el menor esfuerzo por conocer a sus historiadores, especialmente a los historiadores sociales y económicos que estaban revolucionando nuestra visión del pasado español.

En *El laberinto*, la visión de Brenan estaba impregnada por su admiración por las obras del polígrafo aragonés Joaquín Costa, que, como el propio Brenan, era un hombre un tanto arisco. Costa reivindicó una tradición popular, colectivista y comunal destruida por el egoísta individualismo de los liberales burgueses decimonónicos, que vendieron sus tierras comunales en el mercado a cambio de dinero. Brenan, como heredero intelectual de Costa, veía en esta tradición colectivista las líneas maestras de una reforma agraria que, al mezclarse con la idea romántica de la comunidad vital e igualitaria que creía haber encontrado en Yegen, podría formar los cimientos de una sociedad justa, humanitaria y próspera. Gathorne-Hardy sostiene -acertadamente- que la visión romántica «no es por fuerza errónea»; que puede procurar formas de percepción ausentes en la «claridad de la total abstracción» de que hablara Tocqueville. Pero ello no sitúa *El laberinto* en la misma categoría que *L'Ancient Régime*.

Fue en la década de 1950 cuando el gran historiador catalán Jaime Vicens Vives nos enseñó a abandonar los estereotipos que Brenan había manipulado y reanimado. España no era un caso especial, una especie de fenómeno exótico que sólo se entendía en virtud de una peculiar intuición; había que estudiarla como cualquier otra socie-

dad occidental. Si Brenan fue el primero en engendrar mi interés por España, Vicens Vives iba a ser mi maestro.

La dedicación a España de Brenan fue en parte accidental. Estaba corto de fondos, y España era el país más barato de Europa occidental en los años veinte. A Brenan le encantaba Francia, y en sus años tardíos, Grecia le resultaba «un país mucho más hermoso e interesante que España». Nunca llegó a ser un natural de la tierra; prefería la compañía de destartalados expatriados a la de los intelectuales españoles. Como dice acertadamente Gathorne-Hardy, fue siempre un inglés típico de su clase y su tiempo, al que resultaba difícil concebir un escritor sin rentas propias. Nunca dejó de amar la campiña inglesa: su casa de Gloucestershire era «sus raíces en la tierra». Pero en España halló, como habían hecho antes los románticos, un país que había escapado a lo que él mismo deseaba escapar: el convencionalismo sofocante, el materialismo, las hipocresías de la sociedad burguesa. En cierto modo, se inventó una España a su propia medida. Como muchos otros muchachos de clase alta de su generación, la lucha con un padre autoritario y convencional, parco en asuntos de dinero, unido a los malos tiempos pasados en Radley, le empujaron a lo que Gathorne-Hardy denomina «su castillo interior». Como Shelley —otra víctima de un padre estrecho de miras y de los bravucones del colegio—, Brenan se rebeló. Frente a las sólidas comodidades de su casa, se desarrolló en él una vena ascética, una convicción de que sólo se podía tocar la realidad a través de la pobreza del vagabundo. «Sólo tengo un verdadero deseo, el deseo de sufrir.» De ahí las increíbles penurias voluntarias de su caminata de 1912; con intención de llegar hasta el Pamir, acabó casi muerto de hambre en medio de una tormenta de nieve en Bosnia. En España encontró una sociedad que negaba los valores de su padre —«una autenticidad de sentimiento incontaminada por las clases»— y ecos de su propio ascetismo. «Los españoles viven para el placer o para los ideales, nunca para el éxito personal o para hacer dinero.» Aunque era perfectamente consciente de que la indiferencia al dinero es característica de las sociedades pobres y estáticas, donde ningún esfuerzo puede enriquecer a la persona, parece, en efecto, haber convertido la austeridad no tanto en virtud necesaria de una sociedad indigente como en una admirable cualidad nacional. Pero este tipo de cualidades pueden cambiar radicalmente en menos de una generación. España es hoy una sociedad de consumo por excelencia, donde un ostentoso

derroche ha sustituido a la anterior austeridad. El propio Brenan fue testigo de la desaparición del pueblo igualitario y del eclipse de los anarquistas, cuyas cualidades morales y sobrio puritanismo tan poderosamente le atrajeron. «Los campesinos», escribía en 1969, «son como los animales en el sentido de que sólo aman a cambio de beneficios materiales». Pero sobrevivió su idea de que el sufrimiento y la pobreza -vivió con estrechez hasta el final- eran de algún modo las puertas de la realidad. En *The Face of Spain* (1950) describe a unos chicos que, a cuatro patas, recogen colillas en un café de Málaga: la lucha por la vida de los pobres «carga el aire de deseos y ansias verdaderos. Nos sentimos muy lejos de Bournemouth y Torquay, con su tórpida y apática existencia». Muy lejos también de las pesadas y silenciosas comidas en casa de su padre.

La retirada al castillo interior ante la brutalidad de Radley le dejó sexualmente inválido: durante mucho tiempo, el sexo le suscitó *reacciones* de culpabilidad y autodesprecio. España le liberó, procurándole en Yegen su primera -y acaso única- experiencia sexual plenamente satisfactoria: sus amores con Juliana, una muchacha del pueblo, con la que tuvo un hijo.

Su prolongada relación intermitente con Dora Carrington le había producido buena parte de ese sufrimiento que él siempre creyó concomitante a la emoción intensa. Brenan había oído hablar de Dora antes del matrimonio de ella con su mejor amigo, Ralph Partridge; Gathorne-Hardy afirma que Brenan creía tener derecho a Dora Carrington, y que ambos se entregaban a sesiones de besos -una práctica corriente, según las memorias de la época- a espaldas de Partridge. Los celos de su rival se remataron con la envidia: Partridge estaba libre de esas inhibiciones de internado privado que parecen haber producido en Brenan períodos de impotencia. Carrington, que tenía fuertes tendencias lesbianas, prefería escribir cartas a la cama, y una especie de coqueteo epistolar, a la consumación. Mientras Brenan estuvo en Yegen, su correspondencia alcanzó el volumen de cuatro novelas.

Brenan no era miembro de carnet de Bloomsbury, pero tenía adicción a su costumbre de diseccionar sus mutuas relaciones en público. En el caso de Brenan, el encierro de su ser íntimo en el castillo interior le produjo como reacción un compulsivo deseo de descubrirse por escrito y en la conversación, y, como él confesara, «mi propia vida es lo único que me interesa». Como la mayoría de nosotros, es-

taba obsesionado por el dinero y el sexo y, como la mayoría de nosotros, pocas veces dijo la verdad sobre lo uno o lo otro. Brenan mantenía una cuidadosa contabilidad en hojas de papel, oscilando siempre entre el pánico a estar arruinado y frenesís de gasto. Para conseguirle una pensión de funcionario, le escribí inquiriendo sobre su situación económica; su respuesta fue incomprensible y preocupada, más que nada, por su salud. Gathorne-Hardy ve en sus versiones sobre sus experiencias sexuales «una masa de contradicciones».

¿Cómo interpretar sus intentos de poner a prueba la fidelidad de Juliana dejándola para que pudiera seducirla un amigo? En parte, creo yo, para deshacerse de ella demostrando que era una furcia (el sexo entorpecía su labor de escribir) y, en parte, es inevitable pensar que inspirado por un pasaje de *Don Quijote*. ¿Tiene visos de verdad que cortejara a una muchacha al estilo español, a través de la reja, para luego comprobar que era una enana subida sobre una caja? Cyril Connolly se confesaba exasperado por la «ingenua jactancia sexual» de Brenan, y Gathorne-Hardy considera que, cuando me escribió, en apariencia para pedir mi aprobación por haberse llevado a casa a Lynda Pranger, estaba «simplemente presumiendo». Había una fuerte vena de ingenuidad en su visión de las mujeres: los bailes de salón eran la clave para conquistarlas; así pues, se dispuso, sin éxito, a dominarlos.

Quizá haya quien no considere que su *voyeurismo* -hay un espléndido pasaje cómico donde la persona observada está oculta por un cristal empañado que, al aclararse, revela no la esperada mocita, sino un hombre maduro- es el hábito universal que Brenan creía. Al hacerse mayor, Brenan tuvo una serie de relaciones con jovencitas. Para muchos hombre viejos, esa clase de relaciones son necesarias para no perder la capacidad de sentir intensamente. Pero Brenan es un caso extremo: sus relaciones con una serie de muchachas, por más que se esforzara en que fueran inocuas, hacían sufrir a su mujer, una poetisa de talento pero frustrada, impulsándola a beber. En una serie de extraordinarias cartas a Victor Pritchett, Brenan le reveló el deseo lujurioso que le consumía por su propia hija. Me alegro de que Gathorne-Hardy haya rescatado su último amorío, Lynda Pranger, de las calumnias con que la cubrió la prensa española.

Gathorne-Hardy ha escrito una obra maestra que deleita desde la primera hasta la última página. Se ha sumegido en una correspondencia de entre tres y cuatro millones de palabras, ha caminado por

los caminos que eran para Brenan ejercicios de masoquismo. Conocía a Brenan desde hacía treinta años, pero la amistad no ha enturbiado su capacidad de discernimiento, igual que el afecto que Brenan por los anarquistas españoles no le impidió nunca ver las contradicciones implícitas en su convicción de que una Utopía libertaria pudiera imponerse por la fuerza. El propio Brenan fue una masa de contradicciones: aunque detestaba la violencia, Partridge le acusó de disfrutar con la guerra (obtuvo una condecoración en 1918); siendo en ocasiones tan tacaño como su padre, fue generoso con sus amigos.

Yo he contraído una inmensa deuda de gratitud con Brenan. El me salvó de la desesperación cuando mis colegas Hugh Trevor-Roper y A. J. P. Taylor depararon a mi libro una recepción dedicidamente fría. Brenan me devolvió la autoestima con una entusiasta reseña en el *New York Review of Books*. Hoy me siento agradecido a Gathorne-Hardy por haber revivido tan diestramente esa figura pasmosamente compleja, irritante, en ocasiones absurda, pero siempre conmovedora.

Sir Raymond Carr

SCITAMA SIMON: *Dead Certainties (Unwarranted Speculations)*, Nueva York, Alfred A. Knop, 1991; Granta Books, Londres, 1992.

Cuando en el número 135, correspondiente a mayo de 1992, de *Past and Present* Lawrence Stone –en su segunda, y parece que última, nota sobre «Historia y Posmodernidad»– señalaba a Simon Schama como el único historiador que –a la vista de su último libro– quizás mantenía la tesis favorable a la inevitable desaparición de la diferencia entre hecho y ficción y, por tanto, la propia razón de ser de la historia, parecía al mismo tiempo satisfecho de que las amenazas que pendían sobre nuestra ciencia, por él mismo anunciadas un año antes, fueran ahora mucho menos graves; parecía también salir triunfador del último *round* del combate entre *new historians* e historiadores posmodernos –del debate en torno a la llamada *crisis cognitiva* de nuestra disciplina– y, quizá sin proponérselo, daba la más fuerte bofetada que hasta entonces los críticos habían propinado a la tarea académica de este joven historiador inglés, profesor en Harvard desde 1976.

Schama constituye uno de los mejores ejemplos que pueden ponerse de ese viraje historiográfico que Stone denominó «la vuelta a

la narrativa»; es también, quizá, uno de los pocos historiadores que, desde su primera obra, ironiza sobre las pretensiones de la *new history*. Schama presentaba expresamente su primer libro, publicado en 1977, como un ejemplo de *oldfashioned history* y explicaba así su decisión: «nuestra profesión está demasiado poblada como para atrincherarnos en pedantes especializaciones». El libro fue muy bien recibido por la crítica, aunque se considerase exagerada la afirmación del maestro de Schama —un académico de la talla y de la originalidad del J. H. Plumb—, que consideraba a su discípulo «el historiador más distinguido de su generación».

En sus dos obras siguientes, aunque mucho menos conseguidas y sobresalientes que la primera, seguimos encontrándonos con un historiador con una muy definida personalidad propia y un muy agudo uso del tono irónico. De su estudio sobre la cultura holandesa del siglo XVII escribía un crítico cosas tan significativas como las siguientes: «el libro de Schama es inusualmente difícil de reseñar, siendo como es una frustrante mezcla de 10 muy bueno y de 10 sorprendentemente malo»; «a lo largo de todo el libro es obvio que el autor ha tratado conscientemente de hacer una obra literaria a través de la ingeniosa organización de sus materiales y de su estilo»; «su punto fuerte está en la narración de historias, y nos ofrece algunos cuentos fascinantes, en gran medida tomados de fuentes literarias y pictóricas»; «en definitiva, este libro es al menos tan irritante como fascinante».

En la misma línea, pero varios pasos más adelante, llegamos a su libro más conocido y el único traducido al castellano, *Citizens*. No es éste el momento de presentarlo críticamente, pero me parece útil subrayar algunas afirmaciones de su prefacio que están en sintonía con sus obras anteriores y abren claramente el camino a *Dead Certainties*. Después de marcar las distancias respecto a la *historia científica*, Schama defiende su opción de presentar la Revolución Francesa en forma de narración, como hacían las crónicas de la primera mitad del siglo XIX; de incluir en el entramado de la narración tanto la vida pública como privada de sus personajes, lo que supone —afirma— inclinarse «por la autenticidad caótica más que por la pulcritud imperativa de la convención histórica»; y, en fin, siguiendo las exhortaciones de su maestro Plumb, de intentar «lograr que la historia sea síntesis tanto como análisis, crónica tanto como texto», y, sobre todo, de no olvidar «que escribir historia sin el auxilio de la imaginación es cavar una tumba intelectual», por lo que en su libro ha-

bía intentado «infundir vida a un mundo más que sepultarlo en un discurso erudito».

En las páginas preliminares de *Citizens*, Schama recoge la conocida referencia de Michelet a la función de la historia como modo de resurrección del pasado. El *Afterword* de *Dead Certainties* comienza citando al protagonista de una novela inacabada de Henry James, *Tite Sense Of tite Past*, un joven historiador que llegaba a la conclusión de que «recobrar lo perdido... equivalía a traspasar las líneas del enemigo para volver con nuestros muertos para su entierro». Aquí está -comenta Schama- la dificultad habitualmente insoluble para el historiador y -desde luego- para el propio Schama: «cómo recoger los restos rotos y mutilados de alguno o de alguien de las líneas enemigas del pasado documentado y darle vida o, por el contrario, un decente entierro en nuestro propio tiempo y lugar».

A dicha pregunta contesta Schama con una obra en la que el desarrollo de los dos acontecimientos que narra (la muerte del general británico Wolfe ante los franceses en 1759 frente a Quebec y el asesinato en 1849 de un conocido propietario de Boston, George Parkman, por un catedrático de la Universidad de Harvard, John Webster, seguido del juicio y de su condena a la pena capital) contiene, una vez examinadas todas las fuentes disponibles, muchas incertidumbres, lo que -como él dice- permite «múltiples posibilidades de narraciones alternativas». De ahí que afirme Schama que «si bien ambas [historias] siguen el pasado documentado bastante de cerca, son obras de imaginación, no de erudición». En los siguientes párrafos de su *Afterword* se puede apreciar hasta qué punto ha dado Schama un paso más en su singular trayectoria y también, si se leen dichos párrafos después de toda la obra, se entiende hasta qué punto estas últimas afirmaciones suyas, irónicas y aparentemente contradictorias, buscan a la vez *épater le bourgeois* y seguir señalando hasta el final las más hondas dificultades propias del oficio de historiador:

Aunque en ocasiones estos relatos -afirma- parezca que observan las convenciones discursivas de la historia, son de hecho novelas históricas, puesto que algunos pasajes... son puras invenciones, basadas, sin embargo, en lo que sugieren los documentos. Esto no quiere decir -debo insistir en ello- que yo desdeñe la frontera entre el hecho y la ficción. Significa, simplemente, que aun en el más austero relato académico, la facultad inventiva (...) está en pleno ejercicio. No es ésta una posición cándidamente relativista, que

insista en que el pasado vivido no es nada más que un texto artificialmente compuesto...; pero sí es una posición que acepta el, por otra parte, banal axioma según el cual el conocimiento histórico está siempre circunscrito por el carácter y los prejuicios de su narrador.

¿Está sosteniendo Schama, como afirma Stone, el olvido deliberado de la diferencia entre hecho y ficción? ¿De verdad cree Schama que sus dos relatos son «novelas históricas» porque algunos pasajes sean puras invenciones, aunque basadas en lo que sugieren los documentos, y hay que afirmar con Stone, no que estemos ante un nuevo ensayo, más o menos afortunado, de resolver problemas esenciales para la escritura de la historia, sino ante un tipo de obra que pone en peligro la misma existencia de nuestra disciplina?

La lectura del libro –la lectura de lo que Schama hace– nos puede permitir aventurar un juicio más correcto que las pocas páginas del *Afterword* en las que nos dice lo que ha querido hacer. Comencemos por el final, por el apartado dedicado a las *Fuentes*. Se inicia con una definición de su obra significativamente distinta a la hecha unas páginas antes («este libro es una obra de imaginación que hace la crónica de unos acontecimientos históricos»); no sólo detalla las fuentes primarias en las que se ha basado, sino que señala expresamente los «dos tipos de pasajes» (y el único protagonista) que «son puramente ficción imaginada» y recoge las críticas hechas sobre el valor histórico de algunas de sus fuentes (la pintura de West o el libro de Galt sobre el citado pintor)

Más significativas son algunas de las páginas del propio texto. Me limitaré a citar dos de ellas: extraña encontrarse en una novela histórica con la afirmación (en el curso de una breve discusión sobre la autoría de la presunta arenga escrita por el general Wolfe y leída a sus soldados poco antes de su última batalla) de que «las fuentes son suficientemente fiables como para que haya que desechar la presunción automática posterior de su carácter apócrifo». Lo mismo se puede decir del estudio crítico de lo que Benjamin West escribió sobre su cuadro *La muerte del general Wolfe* y de la fiabilidad del primer biógrafo de West. y no hay que olvidar, por último, el talento narrativo de Schama: cualquier lector distingue, porque el autor emplea dos estilos claramente distintos, entre la crónica basada en los documentos y aquellos pasajes de ficción que completan las carencias de las fuentes.

Creo, no obstante, que no deformaría el propósito del autor la inclusión del consiguiente aparato crítico, austero e incluido en las páginas finales del libro, si el autor quiere que su público se deleite sin distracciones en la lectura de sus *crónicas*. No me extrañaría tampoco que un *connoisseur* de las dos historias narradas por Schama echara en falta en la bibliografía algunos libros importantes y recientes sobre los enfrentamientos franco-británicos en el Canadá o sobre el Boston de mediados de siglo, como yo mismo he echado en falta algunas obras importantes sobre Francis Parkman, el gran historiador norteamericano, que aparece en las dos historias del libro, en la primera debido a su clásico *France and England in North America* (6 vols., 1867-1884) Y en la segunda porque era sobrino de la víctima, George Parkman.

En conclusión, me parece que el juicio de Stone sobre *Dead Certainties* es demasiado tajante, y que en esta hora de crisis disciplinar y cognitiva de la historia, en la que son tantos los interrogantes abiertos, es lógico que obras que intentan abrir caminos que cualquier historiador hace sólo dos décadas consideraría heréticos -como es el caso del último libro de Schama, de manera muy similar a lo que había ocurrido unos años antes con *El retorno de Martin Guerre*- sean polémicas; pero sólo más historias *experimentales* pueden ofrecer soluciones a los hondos problemas que hoy tenemos entre nosotros.

Ignacio Olábarri Gortázar

WHITE, HAYDEN: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Ediciones Paidós, Barcelona, 1992, 229 pp.

Durante aproximadamente dos décadas, las de los sesenta y setenta, en el interior de la historiografía se ha desarrollado un esfuerzo para cambiar en profundidad el sistema, que establecieron ya los griegos, que había considerado *natural* la coincidencia del discurso de la Historia con el discurso *narrativo*. Este fue el empeño de *Anales*, de la *cliometría* y de ciertas formas de marxismo. El balance de estos años de historia de la Historiografía no es cuestión de hacerlo ahora, pero es, en cualquier caso, poco definitorio. Cabe establecer, de todas formas, que esa avalancha antinarrativa ha suscitado una contestación importante que ha tenido su momento álgido en

los años ochenta, y que en algún momento se ha interpretado como formando parte del llamado *giro lingüístico* que ha afectado a la filosofía, la ciencia social y el análisis de la cultura en general. Representación de lo histórico y narración han venido a reafirmarse en esa ola de narrativismo como *formas* y *contenidos* sustancialmente enlazados. Y con ello negó el momento, parece, de una primera «revisión de la revisión».

Este fenómeno es, sin embargo, mucho más que una simple *vuelta a la narrativa*, al contrario de lo que en medios algo provincianos como el español han querido ver algunos, bajo la influencia de ciertas contribuciones, más bien secundarias -hablo, claro está, de ciertos conocidos escritos como el de Lawrence Stone, por ejemplo, traducido y ampliamente difundido aquí, con posiciones que ya su propio autor ha superado--, para convertirse en una especie de cruzada fundamentalista en defensa de la sustantividad de la narración como expresión de lo histórico. Ello ha sido fruto, más o menos directamente perseguido, del impulso de posestructuralistas, de Foucault, de los hermeneutas y Ricoeur, de semiólogos, etnometodólogos, microhistoriadores, posmodernos en general y *tutti quanti*, entre los cuales los más ilustres representantes del conservadurismo artesanal en la profesión. Pues bien, todo ese complejo panorama tiene un punto de clarificación verdaderamente notable en el libro de Hayden White que comentamos.

La obra entera de Hayden White es bastante amplia y escasamente conocida en España. Aparecen ahora vertidos al español un conjunto de ensayos críticos, teóricos y metodológicos de este tratadista de la Historiografía y del análisis del discurso, Hayden White, escritos a lo largo de los años ochenta y que fueron ya reunidos y publicados en forma de libro en su lengua original ¹. El conjunto de los textos de White reunidos aquí convergen todos de una u otra forma en un problema central en el debate que se ha desenvuelto en esa década y que continúa acerca de la concepción de la Historiografía: el de la función del discurso *narrativo* como forma de representación de lo histórico.

Los ocho ensayos reunidos en el volumen tienen diverso alcance. Unos de estos textos tratan de examinar de forma personal alguna

¹ WHITE, H., *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1987 (1990).

cuestión referente a narrativa e Historia (los recogidos con los números 1, 2, 3 Y 8 de los capítulos del libro), y entre los cuales es preciso destacar los que se titulan *El valor de la narrativa...* y *La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual*. Otros son estudios sobre esta temática también pero centrados en el análisis de la obra de cuatro autores: Droysen, Foucault, Jameson y Ricoeur. Algunos de tales ensayos han sido revisados y reelaborados para su publicación en el libro. Su relativa antigüedad, pues, no disminuye un ápice, sin embargo, la importancia de su difusión más amplia entre los lectores españoles, puesto que representan una de las posiciones más sugerentes, y más elaboradas, que se manifiestan hoy en relación al problema central del *narrativismo* junto a, o en contraste con, las de Ricoeur, Derrida, Jameson, Austin y otros.

Narrativa e Historiografía tienen una relación problemática en el núcleo mismo de la concepción que se proponga acerca de la *reconstrucción* o el *discurso* en que la Historia se transmite. La *narrativa* como el vehículo apropiado a la *escritura* de la Historia ha sido practicada por todas las creaciones historiográficas de Occidente hasta su puesta en cuestión ya en nuestro siglo. Como expresa el propio White en páginas densas y brillantes, que la narración es el vehículo propio de los contenidos reales del pasado, es *la forma* apropiada para transmitir el conocimiento histórico, ha sido indiscutido durante siglos y lo sigue siendo para una cierta forma de *doxa*, de ortodoxia del oficio, entre los historiadores hasta hoy. Pero la puesta en cuestión, justamente, de la validez de esa doctrina desde los *annalistes* en adelante ha producido, tal vez como reacción, una tesis fuerte: la de que la narratividad no es simplemente un vehículo, la narratividad no es una *forma*, sino que la expresión misma de la realidad en forma de relato representa ya *el contenido de la forma*.

Las posiciones presentes en el debate acerca de la narrativa y la historia «en las dos o tres últimas décadas» son clasificadas por Hayden White en cuatro grupos -en cuyo diseño, sin embargo, yo no dejaría de señalar algunas notables imprecisiones y algunas incorrectas atribuciones-: el de ciertos tratadistas angloamericanos ligados de una u otra forma a las posiciones de la filosofía analítica -del empirismo lógico, matizaría o añadiría yo-, tales como Walsh, Dray, Morton White, Danto, Louis O. Mink o Patrick Gardiner; el de los historiadores que han pretendido acercarse a las ciencias sociales, arquetípicamente representados por los integrantes de la escuela de An-

nales, cuyo líder ha sido indiscutiblemente Braudel; el de ciertos semiólogos y teóricos de la literatura, destacadamente Tzvetan Todorov, Julia Kristeva, Benveniste, Foucault, Barthes, Derrida y Umberto Eco; el de los filósofos de orientación hermenéutica, Hans G. Gadamer y, especialmente, Paul Ricoeur. White, desde luego, añade un sutil escolio para señalar que un quinto grupo sería el de los historiadores de oficio, el estilo de Elton o de Hexter, para los que la narrativa, además de ser un vehículo indisputado, no ha presentado nunca problema teórico alguno.

Aunque en líneas generales esta distribución sea clarificadora, es evidente que no es completa ni en términos absolutos correcta. Así, los tratadistas angloamericanos citados distan mucho de poderse encerrar en un grupo homogéneo; los *antinarrativistas* están bastante subrepresentados, faltando corrientes historiográficas particulares que White parece desconocer, mientras que las consideraciones sobre la escuela de *Annales* en modo alguno son suficientes, y los pos-estructuralistas y semiólogos no se ponen de acuerdo sobre el verdadero significado de la narrativa histórica. Pero, comprensiblemente, es imposible entrar aquí en una discusión detallada de todo ello. De una u otra forma, y en cuanto a las posiciones que valoran positivamente la narrativa, se trata de formas de entender la representación de la Historia como una subespecie del discurso narrativo.

ASÍ, la analítica reciente del discurso, las teorías del texto, nos han nevado en tiempos recientes desde las posiciones de los hermeneutas, como Gadamer y, sobre todo, de Paul Ricoeur, que se constituyen, como dice White, en una «ontología de la narrativa», pasando por las de los semiólogos y todos los planteamientos sobre el *significado* del texto y la *producción de significado* dentro de las culturas, hasta las proposiciones del estructuralismo más radical acerca de la imposible *referencialidad* de cualquier discurso y especialmente del discurso narrativo. Ahora bien, es muy preciso tener en cuenta que los problemas de la significación, del *signo*, que constituye todo texto, en forma alguna se identifican con una cuestión más amplia: la del *discurso narrativo como expresión de la Historia*. Es claro que White no cae en tal confusión, pero de ella no están exentos muchos de los comentaristas e intervinientes en el debate actual.

Hay, pues, sintetizando quizás abusivamente un problema de gran complejidad y unas posiciones muy diversas en torno a él, dos direcciones teóricas --con mayores o menores implicaciones filosóficas--

que afectan de forma directa a la noción misma de la *representación*, de la *escritura*, de la *construcción* de la Historia en la forma del *discurso narrativo*. Una es la que mantiene arquetípicamente Paul Ricoeur en el sentido de que no hay otra representación posible en la Historia sino la del conocimiento narrativo, porque la narración es la estructura misma del proceso temporal y es en la expresión narrativa donde el hombre encuentra, y sólo ahí, el significado profundo del tiempo. White dedica interesantes páginas a estudiar a Ricoeur y su obra clave *Temps et récit*, aparecida en su primera parte en 1983, y que, según White, es «la más importante síntesis de teoría literaria e histórica producida en este siglo», opinión en la que es bastante difícil coincidir, a mi juicio.

La otra es la postura de origen semiológico, estructuralista, que tiene su última y más radical manifestación en el *deconstruccionismo*. Todo discurso, y más en el caso especial del discurso narrativo, carece de referente externo. En palabras de Derrida, «il n'y a pas de hors-texte» (*De la Grammatologie*). El discurso produce su propio significado, y como tal no es una *representación* de nada, sino una realidad completa en sí misma. Detrás del lenguaje no hay más que lenguaje. De ahí que la intelección del discurso obligue a su *desconstrucción*, a un desmontaje de los *códigos* propios a que obedece, sin que la noción de *contexto* de ningún tipo sea válida. Para la Historia esto tiene una significación inmediata y decisiva: si la *referencialidad* de los textos, es decir, la existencia de un referente externo al que el relato representaría, es imposible, ello, tomado en su literalidad, haría imposible la noción central de *documento*. O dicho de una forma más fuerte, como lo hace Gabrielle Spiegel, «this dissolution of the materiality of the sign, its ruptured relation to extralinguistic reality, is necessarily also *the dissolution of history*, since it denies the ability of language to “relate” to (or account for) any reality other than itself»². Aquí se encuentra el fondo del problema de la Historia y la arreferencialidad del texto. Sólo cabe añadir, desde posiciones historiográficas congruentes, que la Historia no se contiene *sólo* en el texto.

De esta forma, o bien la aceptación de la narratividad casi como una ontología, como la única forma de manifestación de la realidad temporal, que es la posición de Ricoeur, o la aceptación del discurso

² En *Speculum*, LXV (1990), 63. La cursiva en el texto es mía.

narrativo como un mundo en sí mismo, sin referentes externos, que es la de los posestructuralistas como Derrida, o la del discurso como construcción externa, aunque muy determinada por su contenido, y perfectamente válida para expresar lo histórico, que parecer ser-en medio de indefiniciones y relativismos- la posición de los filósofos analíticos que se han ocupado de la Historiografía y la propia de Hayden White, sería la tripleta de posiciones que definiría aproximadamente el marco general en el que se ha movido el debate en los años ochenta acerca de representación histórica, discurso y narración, tres cuestiones que dan su subtítulo a la recopilación de White.

Ese conjunto de posiciones, a su vez, aun con sus contradicciones internas, estarían a un lado de la divisoria que separa el campo de la teoría de la escritura de la Historia, o, en definitiva, de la concepción de la Historia y de la disciplina historiográfica, en dos bandos bien visibles, cada uno de los cuales engloba, a su vez, junto a las tesis principales, otras concepciones afines y complementarias, de tal forma que la Historia como *relato* o la Historia como *proposición explicativa explícita* constituyen los dos polos más fuertes y distantes que pueden encontrarse hoy -derivados, a su vez, de viejas corrientes remozadas- en el debate sobre el carácter de lo histórico y de su investigación.

No es difícil percibir que el trabajo central en el libro de Hayden White para los intereses del historiador es el titulado *La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual*, cuya primera versión es de 1984, es decir, de cuando el debate estaba en plena efervescencia. Para Hayden White, en todo caso, la relación entre la Historiografía y la literatura no es menos problemática que la que aquélla mantiene con la ciencia. Frente a los apoyos del narrativismo histórico en campos que, en definitiva, son extraños al núcleo central de los problemas de la Historiografía -desde la Lingüística, la teoría literaria, la Filosofía del lenguaje, o bien desde la Historia de la cultura- White, que también es un historiador tangencial, es capaz, no obstante, de enfocar el problema de representación histórica y discurso desde lo que sí es el plano central de la dificultad permanente de la disciplina historiográfica. En líneas generales White conoce bien lo que la práctica historiográfica tiene de *oficio* y es capaz, en consecuencia, de señalar problemas absolutamente cruciales para esta disciplina y no sólo los relacionados con las formas del discurso.

Pero quienes han acusado a White de relativista, en acusación que él procura rebatir, no andan, en mi opinión, demasiado lejos de la de-

bilidad más señalable de sus posiciones. En efecto, el relativismo significa, a mi modo de ver, que si White plantea cuestiones como la del valor de la narrativa como representación, su alcance y, en su caso, su exclusividad, como forma de representación de lo histórico y cosas no menos importantes como la *política de La interpretación*, de la interpretación histórica en concreto, del símbolo y el tiempo, *no Las resueLve*. White considera de forma inequívoca el discurso histórico narrativo como una forma de expresar verdades *de orden diferente a Las de su contrapartida científico-social*. El discurso narrativo es siempre una *aLgoría* y el histórico, por tanto, lo es también. Pero no descarta tampoco que la forma de hablar no narrativa común a las ciencias físicas parece más adecuada para la representación de los «acontecimiento reales». Lo que ocurre es, dice, que la realidad de lo histórico no obedece a la semántica que opone «realidad» a «falsedad», sino a «imaginación». Y, sin embargo, es posible hacer un discurso imaginario con hechos reales. De esta forma, tampoco White se libra de la remisión de lo histórico al plano general de la narratividad universal.

A cambio, White tiene páginas profundamente sugerentes sobre el extremo enredo en que cae la discusión teórica de la historiografía a causa de «la ambigüedad implícita a la noción de la propia historia». La noción de historia presenta ambigüedades diversas, la fundamental de las cuales, para White, es la pretensión de considerar que en el pasado humano hay una zona «histórica» y otra «no histórica» cuya distinción se basa en que las culturas hayan producido o no «el registro escrito». A nadie no inficcionado del virus de la *textualidad* se le ocurriría hoy una cosa como ésta. Si bien desde la teoría del conocimiento histórico, y de sus técnicas, esta diferencia es forzoso considerarla irrelevante, White se escapa de toda posible trivialidad al afirmar que la idea de que una parte de la humanidad entre en la Historia mientras otra no ¹⁰ hace es contradictoria con la idea misma de especie humana. Y White va más allá aún al señalar que la propia narrativa está afectada por esta y otras ambigüedades semejantes. Es difícil extraer una conclusión clara acerca de las posiciones de Hayden White. Pero parece pertinente preguntarse si esa conclusión es tan necesaria a la vista de la riqueza general de los puntos de vista del autor que, sin duda, compensan su tono general de indefinición.

Para terminar, es de obligada justicia decir que la traducción castellana de esta obra es casi tan mala como la de otras publicaciones

hechas por esta misma editorial, que no debe tener suerte con sus traductores en su conocimiento de nuestra lengua. Se trata de un mal del que alguna vez tendríamos que pararnos a hablar en serio. El texto se resiente igualmente de cierto descuido en la corrección de errores y erratas.

Julio Aróstegui

CHARTIER, ROCEH: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona, 1992, 276 pp.

Compuesto por nueve textos originalmente editados en francés, inglés o italiano —uno solo es inédito—, este libro de Chartier (el primero en español) es una especie de tarjeta de presentación entre nosotros de la denominada «historia sociocultural», tal y como la entienden los cultivadores (eminentemente franceses) del nuevo análisis de *mentalités*. Una derivación ésta de los primeros *Annales*, que quedó formalmente codificada a fines de los años setenta como esfuerzo de recomposición legitimadora de esa escuela historiográfica, y que —al contrario que hace unos años— concede a los usos del lenguaje un papel de privilegio.

No todos los fragmentos del mosaico que es, de hecho, *El mundo como representación* eran, sin embargo, inéditos en castellano, y del verano de 1991 (cuando está confeccionado el prólogo para esta edición que nos ocupa) data también la participación del autor en un curso de verano de la Complutense, pudiendo entonces llegar el conferenciante a un público más amplio que el de lectores especializados. Sin embargo, voy a tratar de demostrar aquí lo escasamente integrada que está la corriente que representa R. Chartier entre nosotros, el breve papel que desempeña su obra en concreto, y más en general la susodicha *historia de las mentalidades* (en especial esta derivación última), si bien la comprendemos en sus exactos términos, tal y como sus propios cultivadores tratan de definirla (diferenciándola de la anglosajona *historia de las ideas*) y tal como la practican (como una historia de la construcción de significados).

Se ha insistido alguna vez en la fragmentación del objeto histórico que caracteriza a esa *historia de las mentalidades*, destacando la indefinición de sus contenidos. La falta de rigor metodológico es así traída a primer plano, como riesgo inmediato. E incluso se ha re-

parado en la contradictoria presentación que de la propia subdisciplina o especialidad hacen quienes a **ello**, de un modo u **otro**, se aventuran (Le Goff, Chaunu, Revel, el propio Ghartier...). Las críticas anglosajonas son, para decir verdad, mucho más **duras**, aunque haya habido entre sus emisores -**A. Gurevich**, especialmente- quienes se hayan sentido suavemente tentados por la flexibilidad del término «**mentalidad**», aparentemente adecuado para sustituir al, también muy **laxo**, de «**cultura popular**».

Sin ánimo ninguno por mi parte de establecer polémica en torno a la obra que comento, sí quisiera defender ya la **necesidad**, a mi juicio, de que el producto historiográfico resultante de la susodicha escuela -**sea cual fuere aquél**- haya de ser leído a la luz de la constante interacción de disciplinas humanas y sociales **que**, en torno a la historiografía, ha venido caracterizando a las diversas fases de la Escuela de los *Annales*. Porque es verdad que una acusada *impermeabilización* frente a otras historiografías nacionales caracteriza, secularmente, a la francesa, acostumbrada a mirar hacia adentro en una especie de pendiente helicoidal, y que penosamente parece complacerse en recorrer caminos que otros habían hecho antes por ella sin saberlo. Pero también es cierto que pocas historiografías, en su **conjunto**, han vivido una experiencia interdisciplinaria más compleja y renovada que ésta, que procura en extensión (¿se trata sólo de *sno-bismo* o nota frívola?: me resisto a creerlo) una constante búsqueda de fuentes nuevas y de nuevos objetos.

Que en esa *operación* -**ya** histórica- de confrontación con otras experiencias intelectuales y otros saberes normalizados (la psicología o la sociología plantean los mayores problemas de entendimiento, seguramente) se haya dejado fuertes **jirones**, académicamente hablando, el marxismo, no es tampoco verdad menor, y un acuerdo fructífero en enfoque (como es el caso de Michel Vovelle) sigue siendo, en cierto **modo**, excepción -**alabada** o **tolerada**- en un microcosmos profesional profundamente enfrentado y dividido. Por **último**, y en consecuencia, que resulta imposible negar cuánto de lucha por el poder académico (tesis de estado y cátedras como premio, en la cúspide) hay en todo este espectro de tensiones intelectuales, tampoco me resisto aquí a traerlo.

Seguramente es más interesante, sin **embargo**, y desde luego más esclarecedor, el tratar de indagar a propósito de las cuestiones que plantea esa pretendida historia sociocultural (que Chartier, en con-

creto, va prefiriendo denominar ya, simplemente, *cultura*, huyendo del paso -para él aplastante- de lo social). y procurar, si es que se puede, componer con sus respuestas una explicación razonada de los procesos culturales.

Así, podríamos interrogarnos a propósito de la insistencia manifestada por Chartier a favor de la *singularidad* de determinadas prácticas culturales, tanto en sus concretos análisis empíricos como en ocasionales formulaciones doctrinales. Podríamos discutir sobre su propuesta de abandonar constantes y sistematicidades, poniendo en entredicho la pertinencia de los análisis seriales de los hechos culturales (*objetivación empobrecedora*, serían éstos, a su juicio) para primar en cambio los enfoques metodológicos centrados sobre *lo individual* como exponente, a su juicio válido, de una común cultura. O, si se quiere, podría discutirse la validez operativa de sus dos conceptos centrales, el de *práctica* (las prácticas serían lo que habría que analizar, y no los objetos culturales en sí mismos) y el de *representación*, siendo este último concepto decisivo, en su esquema de interpretación, para entender tanto la articulación de conductas como los conflictos de dominación y las propias resistencias culturales.

Preocupado desde antiguo por los libros y la lectura, por la *legibilidad* del mundo que los textos encierran y presentan metafóricamente, por las transformaciones históricas del soporte desde el punto de vista formal (del enrollado *volumen* al más moderno *codex*, con sus significados diversos), Chartier comparte con otros autores (no necesariamente franceses) un acusado formalismo funcionalista a la hora de enfocar, desde el plano de la producción de la cultural, los procesos bidireccionales sujeto-objeto. En lugar de fingir que no afecta a la búsqueda que los historiadores procuramos, discutir a propósito de ello pudiera ser no sólo saludable y pertinente, sino también, quizá, rentable.

Elena Ilerández Sandoica

ROSANVALLON, P.: *Le Sacre du Citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1992, 490 pp; HALPERIN, JEAN L.: *L'impossible Code Civil*, París, Presses Universitaires de France, 1992, 309 pp.

Se puede desear la utilidad de la producción historiográfica sin por ello negar al investigador el cuántum de libertad requerida.

Llamar a los intelectuales a la relevancia y a la eficacia no es empujarlos a su sacerdocio, real o supuesto; más bien, equivale a suponerles una posibilidad de eficacia, y con ello, una relevancia. La actividad científica, la del historiador y de otros intelectuales, tienen su economía política, que olvidan en daño propio quienes recaban o pretextan no se sabe qué independencias. Pero no es sólo eso. Cuando hay brecha, hay que tomar partido. Y hoy, que nuestra espesa muralla de certidumbres filosóficas y políticas, económicas, sociológicas, culturales, está hecha un lastimoso coladero, es poco menos que irresistible, en un libro como éste, proponer textos ejemplares, emulables, que fuerzan a pensar, y coadyuvan a entender nuestro descalzaperros.

Propongo fijarse en dos buenas entregas adicionales de la rica constelación de obras recientes sobre el período de la Revolución Francesa y aledaños. *Le Sacre du Citoyen*, de P. Rosanvallon, historia el duro parto hasta la consolidación y triunfo de la idea del sufragio universal en Francia. J. L. Halperin, en *L'impossible Code Civil*, analiza los esfuerzos, primero frustrados, de unificar el Derecho civil francés, desde y durante el período revolucionario hasta la codificación napoleónica.

No hay novedad en el método. Temas así no pueden tratarse bien sin un gran conocimiento del entorno —el del período estudiado, y el actual—o Estas obras están escritas con claridad y madurez, extraordinaria sensibilidad hacia el matiz y la modernidad deseable, a sabiendas de cómo se discuten hoy temas afines.

Es el conjunto analizado, en sendos casos, el que, por la competencia con que lo está, suscita una lectura apasionada, que deja una estela de pitones y agarraderas, útiles hoy para 10 de hoy.

En ambos casos, el estudio es de la inducción recíproca de ideas y procesos de institucionalización de metasistemas vitales. El detalle del impacto de aceleraciones y desviaciones del curso político en la prominencia y hasta la aparición de ideas poco antes insospechadas o sin importancia; el modo en que sus partidarios las esterilizan o sus adversarios las apadrinan; la (ocasionalmente arrolladora) fuerza de gravitación política de la lógica del discurso; la cuenta carísima con que a veces el devenir se cobra la reducción abusiva del teórico; el espectáculo de la trituración del bando distraído o impreciso cuando de pronto la mecánica institucional echa a faltar talo cual engranaje preciso... Véanse las dificultades de quienes, habiendo teo-

rizado el sufragio censitario sobre el terreno abonado del agotamiento revolucionario, sin embargo, fracasaron en seguida por no alcanzar a dar definiciones prácticas de la capacidad requerida; o cómo los que solidificaron, escribiéndolas, las costumbres jurídicas, cegaron así sin quererlo toda posibilidad de unificarlas por la vía del argumento del denominador común, frenando hasta entorpecerla del todo la convergencia observada mientras no estuvieron cristalizadas.

El interés de esta clase de estudios no está en 10 de las barbas del vecino. Ahora que el determinismo socioeconómico más pesado, con su corolario empobrecedor del relativismo intelectual y moral absoluto, se va quedando sin más adeptos que los perezosos, nos damos también mejor cuenta de la impotencia de las frivolidades de eso que llaman posmodernismo; y observamos al mismo tiempo cómo jadean ya las posibilidades del individualismo metodológico excluyente. (A este respecto, el premio Nobel de Economía del 92 más bien parece recompensa de una audacia que presagio de soluciones revolucionarias).

Pero todo esto es constructivo. La indisoluble interdependencia de ideas, instituciones y voluntades sobre un sustrato material con su dinámica y potenciales propios se entiende y describe de modo cada vez más fino en los mejores autores.

Esta comprensión creciente requiere algo, eso sí, tan difícil como vital: entender desde adentro, pero con la suficiente distancia conceptual. La marcada alteridad del tema escogido ayuda a verse mejor. Por algo están resultando tan esclarecedores los mejores antropólogos (este año 92, señaladamente, Mary Douglas y Ernest Gellner) y los historiadores más sensibles de la Antigüedad. La dificultad para el historiador de contemporánea es tanto mayor cuanto que nuestro aparato conceptual le retiene en el interior de su período de estudio, sin que apenas hayamos resuelto más que unas cuantas de las contradicciones entre sus ideas, metasisemas, instituciones y otras realidades. (Obsérvese al respecto la significativa frecuencia con que las reflexiones filosóficas serias sobre nuestro mundo se estructuran en capítulos cuya secuencia recoge la cronología de los doscientos últimos años de filosofía: como si todavía creyésemos en las virtudes pedagógicas de las dieciochescas «historias ideales». Véase cómo maneja los conceptos de derechos, Estado, mercado).

El esfuerzo merece que se lo haga. Porque esa mejor comprensión, hoy asequible, responsabiliza en el doble sentido de que mani-

fiesta la existencia de tangibles ámbitos de libertad dentro de los que se ve que importa también para otros 10 que se haga con ella, y de que se pueden exigir responsabilidades. El historiador contemporáneo puede aportar mucho, si llega a dar conciencia de lo que la cotidianidad vela, arrebatándolo a la esfera de lo volitivo. Y debe saberse potencialmente influyente, en todo caso para mal, si produce bazofia de la que tan a gusto pero mal reciclan las enzimas de nuestra incultura política: otro motivo para ponerle ahínco intelectual al asunto, desde la mismísima selección del objeto de estudio hasta que se 10 publica.

Joaquín Romero Maura

HAFERKAMP HANS Y J. SMELSER, NEIL (eds.): *Social Change and Modernity*, University of California Press, Berkeley, 1992, 444 pp.

La comprensión del cambio social y de la modernización constituye uno de los campos principales de reflexión y de debate entre los especialistas de las ciencias sociales. Los progresos derivados del renovado interés por el mismo, en especial por parte de sociólogos e historiadores, durante las dos últimas décadas ofrecen, al menos, dos resultados importantes para el análisis histórico. El primero es el elevado grado de consenso alcanzado en la conceptualización rigurosa de este proceso integral de mudanza de las sociedades contemporáneas, extensible a la delimitación de las variables económicas, sociales y políticas fundamentales que lo definen. Lo cual ha permitido progresos muy destacados en la formulación de comparaciones y generalizaciones coherentes.

y el segundo radica en los reseñables avances de la investigación sobre el alcance y las características de esa secuencia de transformación desequilibrada cuyos protagonistas son las fuerzas sociales. Un doble balance de esta fructífera y, aun cuando se olvide con frecuencia entre nosotros, heterogénea línea de trabajo, inseparable de la contribución de los defensores de esta concepción evolucionista del cambio social, pero también de las aportaciones de sus críticos.

El interés de los historiadores contemporáneos españoles por esta amplia y polémica literatura, preferentemente anglosajona, procedente de la moderna sociología pero con innumerables referencias históricas, ha sido muy escaso. Tal vez, ello se explique, en buena medi-

da, por el irregular éxito de algunos de estos trabajos, caracterizados por un grado elevado de abstracción, para la comprensión, desde la perspectiva del historiador, de los distintos ritmos de la transformación social y sus causas.

Si el volumen editado por H. Haferkamp y N. I. Smelser se inscribiera en esta última dirección, su utilidad quedaría probablemente limitada al círculo de especialistas interesados en la discusión de la teoría y, por tanto, podría pasar desapercibido para los historiadores. Sin embargo, los rasgos que lo conforman y el contenido de sus dieciocho contribuciones, estructuradas en cinco apartados más la introducción de los editores, son muy distintos. Y esto al margen de estar todos ellos imbuidos de la sana precaución explicitada por E. Moore de evitar el «mito de una única teoría del cambio social». Por eso, sólo la existencia de prejuicios metodológicos o una lectura apresurada de *Social Change and Modernity* justificaría no prestar atención a esta obra centrada en la reflexión teórica y en la investigación del fenómeno del crecimiento socioeconómico, del avance cultural y de la democratización.

El desarrollo del amplio abanico de cuestiones implicadas en el estudio de estos tres grandes retos colectivos se articula en torno a varios ejes interrelacionados. El primero, analizado en las secciones tercera y cuarta, es la concreción de los factores ideológicos y culturales inductores del avance social y del cambio institucional. El segundo lo constituye la evolución experimentada por la propia literatura de la modernización, al que se dedican los dos primeros apartados, y el trabajo especialmente sugestivo de S. N. Eisenstadt incluido en la última parte.

Las aportaciones que configuran este segundo eje tienen un interés particular: evidencian el énfasis concedido al ámbito de la política; lugar de confluencia de la toma de decisiones de los gobernantes y de la actuación de los movimientos sociales. Se trata de considerar la relevancia del comportamiento de las élites al mismo tiempo que la política de masas, clásica desde el primer tercio del siglo XX. Y para fechas recientes explicar, además, como ponen de manifiesto A. Touraine y R. Eyerman, las «nuevas» formaciones basadas en la especificidad de raza, sexo o religión, recorridas por criterios de solidaridad horizontal en lugar de vertical y sin la aspiración de acceder a las instituciones estatales para conseguir sus demandas.

El tercero de los temas que sintetizan los rasgos comunes de los trabajos que el libro recoge es el análisis de la internacionalización

Críticas

de la economía y las relaciones desequilibradas entre países con diferente nivel de desarrollo socioeconómico y, también, de liderazgo en los foros de decisión internacional.

La elección de estos aspectos como materias aglutinadoras del estudio del cambio social y de la modernización durante los siglos XIX y XX merece ser destacada por dos razones. En primer lugar, por reforzar el carácter renovador de esta corriente, al seguir profundizando sobre el campo institucional y el cultural, en donde confluyen y se concretan el tipo de articulación y de actuación específica de los gobernantes y los gobernados para modificar las estructuras económicas, sociales y políticas. Y en segundo lugar, aunque no por ello menos significativo, con la selección de los tres ejes mencionados, los diferentes autores responden con bastante contundencia a las principales objeciones formuladas al cuerpo central de las teorías de la modernización.

En el trabajo de N. Smelser --otra de las contribuciones más destacadas del libro-- se sistematizan las tres críticas más reiteradas. Por un lado, la implícita orientación occidental, o eurocéntrica, proyectada sobre el estudio de la contraposición sociedad tradicional-sociedad moderna y cómo superarla: la adopción de la vía de los países más avanzados. En estrecha relación con ello, y en segundo lugar, se destaca la marginación de las causas externas en la explicación del origen del atraso y de su supervivencia en el marco de la extensa y creciente integración mundial de la economía, de la cultura y de las relaciones internacionales. Y en tercer lugar, se alude a la primacía concedida a la consecución de los cambios en el largo plazo, a través de procesos de transición más que mediante revoluciones; junto a la no identificación del protagonismo de los agentes sociales *sólo* en términos de una clase: los trabajadores, ni considerando la revolución como *único* camino por el que estos avances se pueden conseguir.

En mi opinión, las contribuciones incluidas en el libro ayudan a superar estas limitaciones. Y aun cuando las tesis defendidas no pueden considerarse inobjectables, ni todas sean igualmente convincentes, es incuestionable que, en su conjunto, aumentan el rigor y la capacidad explicativa de la interpretación del cambio y de la modernización en las sociedades contemporáneas.

La conclusión anterior es especialmente aplicable a los textos de S. Eisenstadt, A. Touraine y H. Haferkamp. Como se recoge en el tra-

bajo del primero, la modernización es en sí misma un fenómeno cultural. Y esta cultura se ha convertido a lo largo del siglo XX en *una cultura mundial*, desarrollada en lugares tan diversos como Europa occidental, Estados Unidos, Japón y las naciones del continente asiático. Pero la materialización de aquella y sus características no pueden reducirse a una cuestión de dominación. Las élites autóctonas contribuyen de manera destacada a la difusión de estos valores y a su combinación con elementos tradicionales. Por su parte, Touraine y H. Haferkamp, insistiendo en otros protagonistas y factores internos, estudian, respectivamente, la trascendencia de la actuación de los movimientos sociales (de clase e interclasistas) y la función esencial de la ideología y del avance cultural en la aceptación general o institucionalización del cambio.

Por todo ello es posible concluir que la obra editada por Haferkamp y Smelser no es una más entre las ya publicadas sobre el debatido problema de la modernización y el cambio social. Por contra, su contenido mejora la comprensión de esta intrincada cuestión y amplía el marco teórico, al conceder una importancia primordial tanto a las causas internas y externas, institucionales y culturales, que contribuyen a impulsar o frenar la modificación de las estructuras sociales, como a las fuerzas implicadas: las élites y los movimientos colectivos ideológica y culturalmente diferenciados.

Teresa Carnero Arbat

COAKLEY, J. (ed.): *The Social Origins Of Nationalist Movements (The Contemporary West European Experience)*, Sage Publications, Londres, 1992, 241 pp.

La literatura sobre el nacionalismo, y particularmente sobre los movimientos nacionalistas europeos posteriores a la década de los sesenta de nuestro siglo, sigue siendo un capítulo importante en el estudio politológico del momento. Dentro de ella se encuadra el libro coordinado por John Coakley que ofrece un tratamiento equilibrado entre las aproximaciones de carácter teórico y general y el estudio de casos concretos.

El trabajo inicial, a cargo del editor del libro, pasa revista a las grandes explicaciones sobre el origen social de los movimientos nacionalistas entendidos en un sentido restrictivo (nacionalismos *cultu-*

rales de signo potencialmente disgregador). Coakley realiza primero un repaso a las teorías marxistas sobre la cuestión, con una consideración más detenida de los puntos de vista de Bauer y Borochoy por lo que hace al primer marxismo y de M. Hroch y Hetcher en relación a enfoques actuales. Dentro de la vaga etiqueta de perspectivas no marxistas, considera las aportaciones de Deutsch, Gellner, P. Brass y S. Rokkan. Tras intentar ofrecer un panorama de los elementos comunes en las obras de estos autores, esboza una tipología de los movimientos nacionalistas atendiendo a su carácter elitista o de masas, a la estructura social del grupo étnico que sirve de soporte al movimiento y a factores estrictamente políticos.

Quizá ofrezca mayor interés el trabajo de L. Hooghe orientado igualmente al deseo de ofrecer un panorama de las grandes explicaciones teóricas de los nacionalismos *culturales*. El papel clave en todas estas explicaciones vendría atribuido al proceso de modernización económico-social. A partir de aquí podrían identificarse, en primer lugar, unas teorías del consenso inclinadas a ver esos nacionalismos como un elemento perturbador en el funcionamiento del sistema político; en segundo lugar, unas teorías del conflicto *centro-periferia* generado por la distinta ubicación geográfica del poder político y económico-social; en tercer y último lugar, aquellas otras explicaciones que tienden a ver en el nacionalismo y en la etnicidad unos meros instrumentos de negociación y presión al servicio de grupos sociales en condiciones de jugar eficazmente con las singularidades culturales.

L. Hooghe, después de señalar los elementos comunes que subyacen a estas teorías, se plantea la decisiva cuestión del papel de las élites políticas en la génesis y desarrollo de los movimientos nacionalistas. Aceptando el ampliamente compartido reconocimiento del papel clave de la *inteligencia* en un primer momento, subraya el distinto protagonismo de los grupos sociales dentro de los nacionalismos correspondientes a una misma etapa histórica y los cambios de liderazgo social que acostumbran a producirse dentro de un mismo movimiento nacional a lo largo del tiempo. Se hace eco igualmente de la idea de M. Hroch, bien confirmada en el caso español por el ejemplo vasco, de la mayor disposición al radicalismo en la medida que los partidos nacionalistas tienden a ser portavoces de estratos sociales ubicados en escalones inferiores de la jerarquía social. El trabajo concluye con una llamada de atención sobre la importancia decisiva

de la dinámica por la obtención y mantenimiento del poder político -con 10 que ello conlleva de relativización de las explicaciones estrictamente culturales- para entender el significado de estos nacionalismos «étnicos».

Particular interés tienen dentro del libro comentado dos trabajos en torno a la relación entre fuerzas políticas de izquierda y nacionalismo. 1. Schwarzmente, autor que ya se había aproximado en el pasado a esta cuestión a propósito del caso francés, plantea en su artículo «Nations versus Class: Nation and State in Theory and Practice» las relaciones entre la socialdemocracia europea y un nacionalismo «político», de signo liberal-democrático, en general poco considerado en este libro. M. Keating, autor de una importante obra en torno a los nacionalismos europeo-occidentales de las últimas décadas, considera en su trabajo («Do the Workers really have no country? ..») el estudio de las actitudes de los partidos estatales de izquierda en Gran Bretaña, Francia, España e Italia ante sus respectivos nacionalismos periféricos; el artículo, en el que son visibles, por cierto, algunos desenfocos de menor importancia sobre nuestra historia contemporánea, pone de manifiesto la complejidad de unas relaciones en que las posiciones doctrinales son atemperadas una y otra vez por las necesidades tácticas.

El libro se completa por la consideración de algunos casos concretos, como el del área nórdica (I Elkilt y O. Tonsgaard), Suiza y la cuestión del Jura (B. Voutat), Italia (D. Petrosino), Francia, con especial referencia a Bretaña (H. Guillored), Gran Bretaña y Escocia (I Kellas) e Irlanda del Norte (I Ruane y I Todd).

Andrés de Blas Guerrero

BREULLY, JOHN: *Labour and Liberalism in nineteenth-century Europe. Essays in comparative history*, Manchester University Press, Manchester, 1992, 316 pp.

Labour and Liberalism in nineteenth-century Europe es un conjunto de ensayos anteriores a esta edición de 1992 que tratan sobre el artesanado, como grupo social diferenciado, sus relaciones con las clases medias y el carácter del liberalismo. Revisados y actualizados sus contenidos, Breully añade en este libro un capítulo introductorio sobre la historia comparativa y otro de conclusión sobre las peculia-

ridades nacionales tratando de que, como señala en el prefacio, sea algo más que la suma de las partes.

La tarea de interpretar la historia de la Europa del XIX obliga a plantearse las limitaciones y las posibilidades de los métodos comparados porque la *universidad* de la historia del continente no permite ir a lo particular contenido en las fronteras de los Estados nación. Se trata de trascender esas fronteras -esa es la propuesta de Breully-, a pesar de las dificultades que encierra en ese sentido, yespecialmente por contraste con la historia económica, la historia política, social o intelectual (los casos de Theda Skocpol o de Barrington Moore son excepcionales), y demostrar que en la historia reciente de Europa hay aún desafíos para los especialistas.

Frente a la globalidad del continente, los historiadores se preguntan sobre las causas de las *peculiaridades*, lo que exige del debate académico una revisión que arroje luz sobre aspectos oscuros de la interpretación histórica convencional. Esas parecen haber sido las razones que llevaron a John Breully a investigar sobre la historia y la historiografía alemana; así están expresadas en el libro y de ellas se deriva el propio planteamiento de su trabajo y sus objetivos. Interesado primeramente por el movimiento obrero y lo social en Gran Bretaña, reconoce que fue la *unicidad* de la historia alemana lo que le llevó a establecer comparaciones entre Gran Bretaña y Alemania para profundizar en las consecuencias sociales, políticas y culturales de la industrialización. En ese empeño admite que la apertura de la historiografía alemana facilitó a los historiadores alemanes y extranjeros el hecho de poner a prueba algunas interpretaciones consideradas como el verdadero paradigma de la historia del continente. La tesis del *sonderweg*, basada en la creencia de la *peculiaridad* alemana, esto es, la existencia de una vía específica de modernización que llevó al fracaso de la democracia parlamentaria, se sostuvo en unos círculos académicos propicios como los de la llamada escuela crítica alemana -el grupo de Bielefeld es significativo-, pero, por lo mismo, llevó a los historiadores alemanes y no alemanes -dentro de la República Federal o en el exterior- al cuestionamiento, por diferentes vías, de los grandes hitos de la historia alemana de los siglos XIX y XX. La historiografía alemana posterior a 1945 se hizo a sí misma rica y estimulante y atrajo principalmente a los investigadores anglosajones, entre los que Breully es un ejemplo más. Para él las posibilidades de la historia comparada son grandes porque, como este caso, el método

se presenta rotundamente explicativo para aquellos aspectos oscuros que habían obligado a hablar de las *peculiaridades* de su historia nacional.

Pero *Labour and Liberalism in nineteenth-century Europe* no es un libro sobre Alemania, sino, como arriba se señala, una propuesta normativa sobre historia comparada construida a partir de unos ensayos que giran sobre los dos temas del título que desenvuelven el hilo conductor de una obra mucho más compacta de 10 que es habitual en este tipo de recopilaciones. El punto de partida es múltiple porque el objetivo final no es reducible a una unidad de contenidos: Breully parte del cuestionamiento de la *unicidad* de la historia -**más aún**, de los elementos de *unicidad* en la historia nacional de cualquiera de los Estados nación de Europa (las referencias que utiliza son Francia, Alemania y Gran Bretaña)- para plantear algunas consideraciones sobre la concepción *unitaria*, universalizante y generalizadora que ha caracterizado a una parte de la historiografía europea, por un **lado**, frente a la historia comparada y las ventajas que puede ofrecer para la comprensión de la historia de una Europa en la que la forma predominante ha sido la de Estado nación y en la que, **peñe** a los *universales* -las revoluciones burguesas, el desarrollo capitalista, etc.—, lo *particular* -peculiar en el original, o *único*- termina por ser el elemento verdaderamente significativo para la interpretación histórica. La prescripción de Breully, aparentemente sencilla, es la del método comparativo adecuado que pueda explicar de manera razonable lo peculiar o único dentro de lo universal, que permita utilizar discriminada y ponderadamente conceptos como *trabajadores* o *liberalismo* en espacios y en tiempos diferentes dentro del continente a lo largo del siglo XIX y parte del XX.

Bajo esa aparente sencillez pronto se desvela la complejidad intrínseca: la dificultad del ejercicio que se propone al historiador no es otra que la de un afinamiento sistemático del método y no en los aspectos formales de las fuentes o del uso de determinadas técnicas, sino en la esencia misma de la construcción del discurso histórico. Las preguntas que se proponen como punto de partida son metodológicamente derivadas del cuestionamiento de la utilización mecánica por los historiadores de determinados grupos de conceptos (clase obrera, democracia liberal, modernización, etc.) que constituyen los parámetros universalizantes considerados como de plena validez para lo particular. En ese punto es donde la comparación adquiere senti-

do, ya que sobre la historia de Europa se han construido paradigmas en función de los cuales se han establecido las *peculiaridades* en una especie de divergencia progresiva entre su propia universalidad y sus particularidades *nacionales*. El gusto por la teoría de ciertas escuelas (los estragos de una obsesiva aplicación a la historia de métodos de las ciencias sociales en los años sesenta son evidentes hoy todavía) y una cierta tendencia a lo teleológico no han aligerado los problemas de la historia en busca de un camino de salida no resuelto en la historia analítica ni en la narrativa.

Tomando como punto de partida para la exploración el fracaso de la democracia parlamentaria en Alemania, que es en sí mismo el resultado de la comparación con Francia y con Inglaterra (aunque la base empírica de la comparación de Breully está sacada de Alemania e Inglaterra únicamente), observamos que si se plantea la noción de fracaso —obviamente, en relación a Francia e Inglaterra— es porque la crítica histórica sugiere que el crecimiento de una economía industrial y de mercado, así como la existencia de una sociedad culta son elementos a favor del desarrollo de la democracia parlamentaria y, por contra, sociedades agrarias, privilegios de propietarios, Iglesia y monarquías dominadoras son elementos que contribuyen a gobiernos autoritarios. Con sus ensayos sobre la clase obrera —«The labour aristocracy in Britain and Germany: a comparison» y «Artisan economy, ideology and politics: the artisan contribution to the mid-nineteenth-century European Labour movement»— Breully trata de ofrecer una tipología comparativa tomando el sujeto histórico por excelencia, la clase obrera, desde diferentes propuestas para demostrar la imposibilidad de homogeneizar los contenidos de los conceptos, incluso en el caso de que se tornen determinados acuerdos acerca de qué se considera clase obrera, y cómo se aborda su estudio, bien desde el lenguaje de clase, desde las actitudes políticas, desde la cultura, etc., hasta el punto de que con los mismos enfoques se obtienen resultados diferentes en distintos países. En este sentido es penetrante la crítica a la historiografía sobre la aristocracia obrera, como concepto teórico y como realidad histórica en los diferentes países de Europa, a la que opone el duelo continuidad/disecontinuidad en la sociedad preindustrial europea y la industrial. Breully reflexiona ampliamente sobre los fundamentos de un debate, elásico ya, sobre las causas y las consecuencias políticas del fraccionamiento de clase que suponía la aparición de la aristocracia obrera, yendo alternativamen-

te de la historiografía británica -desde Hobsbawm, que supone empíricamente la existencia de tal concepto a partir de estudios de salarios, a Foster, Price, Crossick, Gray- a la alemana en sus distintas orientaciones —Reid, Tenfelde, Zwahr, Ditt, Sehomerus- en un cuadro cruzado con los elementos establecidos por Lenin y Engels (sistema de valores), con la sociología industrial (las tesis de Braverman sobre el desarrollo del capitalismo industrial monopolista y el control de la especialización) o con los procesos de oligarquización con clases referentes a Michels.

La desemejanza entre Gran Bretaña y Alemania estriba en los factores -no económicos, precisamente- que llevaron al triunfo de la ideología liberal en Inglaterra (a partir de 1860 la aristocracia obrera británica junto a las clases medias urbanas colaboraron con el Partido Liberal) y a su fracaso en Alemania, tal y como Breully desarrolla en el capítulo «Liberalism or social democracy?» a través de una revisión de los fundamentos del concepto «respetabilidad» (aplicados por la historiografía a la aristocracia obrera británica) y sus consecuencias ante las reformas (la ampliación del derecho al sufragio, especialmente). El papel de la *ciudadanía* (extensión del concepto social civil frente al papel del ejército, la burocracia, etc.) se cuestiona en contraste con el del Estado, poniendo de relieve que en ese punto las diferencias entre Gran Bretaña y Alemania son significativas (Breully desarrolla empíricamente la comparación en el capítulo dedicado al liberalismo en Manchester y Hamburgo en el XIX comparando las economías de ambas ciudades, los tipos de gobierno local, el papel de ambas ciudades en el contexto de la nación, etc.).

¿Qué justifica metodológicamente, por tanto, el estudio de las peculiaridades nacionales? La historia de la Europa del siglo XIX está caracterizada por la competencia en la participación política de los grupos sociales emergentes (clases medias, comerciantes, obreros especializados, «cuellos blancos», artesanos, etc.). Un fenómeno de competencia entre grupos cada vez más amplios por lograr la consideración de los gobiernos encargados de representar sus intereses dentro del marco del Estado. Las diferencias entre los intereses de grupos no permitieron un credo único y esa competencia (liberalismo/antiliberalismo) trató de resolverse a través de la fórmula de la democracia parlamentaria. La incógnita estriba, en consecuencia, en conocer cuánta divergencia de desarrollo político existió entre Alemania respecto a Inglaterra o Francia; cuántos y qué profundos fueron

los cambios en la representatividad política de los diferentes grupos sociales (las tendencias democrático-radicales o las corporativas, por poner dos ejemplos llamativos, no fueron características exclusivas de un sector social en Alemania, Francia o Inglaterra, sino que se encuentran en diferentes grupos y países y no en los mismos períodos. Hay que determinar qué sociedades eran más modernas (el término desarrollo no es útil en este caso) y cuáles lo eran menos (modernización como crecimiento de lo moderno a expensas de lo tradicional) para socavar la tendencia (especialmente de la escuela crítica alemana) a identificar democracia parlamentaria con modernidad política.

Angeles Barrio Alonso

O'BRIEN, CONOR CRUISE: *The Great Melody: A Thematic Biography and Commented Anthology of Edmund Burke*, Sinclair-Stevenson, Londres, 1992, 692 pp.

¿Por qué Edmund Burke es tan poco y tan mal conocido entre nosotros? Durante años apenas si se hacía referencia a este personaje cuando se citaba a los publicistas *reaccionarios* que habían denunciado la Revolución Francesa. Sin embargo, este calificativo encaja mal en el político irlandés de la segunda mitad del siglo XVIII. La realidad es mucho más compleja. Burke fue un destacado orador e ideólogo de la izquierda parlamentaria. Dedicó su vida a combatir el poder de la monarquía en favor de los Comunes, a defender el derecho de los colonos americanos a no sufrir cargas fiscales en cuya aprobación no habían participado, a denunciar los abusos que se estaban cometiendo en la India y, particularmente, a luchar en favor de los católicos irlandeses.

Burke no estaba en contra del hecho revolucionario. Fue un encendido defensor de la Gloriosa y tomó partido por los colonos americanos. Sin embargo, estos acontecimientos eran sustancialmente diferentes de la Revolución Francesa, porque eran reacciones defensivas frente a una amenaza a las libertades tradicionales. Jacobo II había tratado de limitar los derechos del Parlamento en beneficio de un gobierno más autoritario y maniobró en pos de una restauración católica. Jorge III había ignorado los derechos de los colonos americanos, reconocidos en la Constitución, al gravar sus haciendas sin contar con su participación. Ambas agresiones justificaban la reacción

popular y eran, en la tradición política británica, luchas por las libertades.

Las razones fundamentales por las que Burke se opuso a la obra política de los revolucionarios franceses, desde una fecha tan temprana como el mes de noviembre de 1790, fueron dos. En primer lugar, por haber roto la continuidad con el sistema político anterior, despreciando unas instituciones fruto de una centenaria experiencia colectiva:

Es verdad que vuestra Constitución... se había degradado y arruinado, pero todavía poseían ustedes parte de los muros y en su totalidad los cimientos del noble y venerable castillo. Podrían ustedes haber reparado estos muros, podían edificar sobre los viejos cimientos.

En segundo lugar, por haber aceptado la presuntuosa idea, *Filosofía de la vanidad*, de que la mente de unos pocos pensadores y políticos puede, en un ejercicio de *ingeniería política*, diseñar un sistema político y esperar que funcione con normalidad y que garantice las libertades y el bienestar de la sociedad. El resultado de ambos factores sólo podía traer, y así se pronosticaba en las páginas de las *Reflexiones...*, la merma de las libertades:

Las recientes devastaciones de Francia, que tanto horror nos causan y que por doquier vemos, no son las devastaciones de una guerra civil; son los testigos tristes, pero aleccionadores, de las consecuencias de un consejo temerario e ignorante en tiempo de profunda paz. Son el resultado de una autoridad inconsiderada y presuntuosa por irresistible e irresistible.

Burke no fue un reaccionario, sino un contrarrevolucionario, un liberal de su tiempo, defensor de la obra política de la Revolución Gloriosa, del pensamiento de Locke y de Adam Smith, un hombre comprometido con la reforma prudente como mejor garantía de los avances conseguidos tras siglos de lucha política. Su pensamiento ha sido, desde entonces, reivindicado por conservadores y liberales. Sin lugar a duda sus ideas, junto con la labor de gobierno de William Pitt, son el punto de arranque del conservadurismo británico. Burke representa la esencia del constitucionalismo anglosajón: el rechazo al cambio brusco, la defensa de la reforma moderada pero constante, el respeto a la tradición. Doscientos años después de la aparición de sus *Reflexiones...*, la experiencia política británica es la mejor prueba de lo acertado de sus consejos.

Críticas

La dependencia de nuestra historiografía respecto de la francesa y la debilidad de nuestro liberalismo en los últimos cincuenta años son los responsables de este insuficiente conocimiento de una de las personalidades más atractivas del siglo XVIII británico. Si para los conservadores antiliberales Burke era en exceso defensor de las prerrogativas parlamentarias, los socialistas y comunistas no podían dejar de ver en la Revolución Francesa un hito en el camino hacia mayores cambios. La crisis ideológica de la izquierda europea y la profunda revisión que de la Revolución se ha hecho en Francia y en Gran Bretaña auguran una mayor sensibilidad hacia figuras como la de Burke.

El trabajo de O'Brien es mucho más que una biografía. El lector seguirá con dificultad la secuencia cronológica y echará en falta muchos datos fundamentales de su vida. Las seiscientas densas páginas se centran en el debate de fuentes e historiográfico. Tras la publicación de los diez volúmenes de su *Correspondencia* y los nueve de sus *Escritos y Discursos*, con amplio y muy valioso trabajo de edición, una investigación ambiciosa como ésta debe y puede concentrarse en aspectos más sofisticados que los característicos de una biografía tradicional. Resulta especialmente atractivo el análisis que realiza del tratamiento historiográfico de su figura. La historia *Whig*, la de Macaulay y Trevelyan, hizo de Burke un pilar de la lucha por la libertad y por el Parlamento. La escuela de Namier, desmitificadora de la anterior, ignoró, cuando no despreció, a Burke, tachándolo de oportunista e inconsistente. A partir de los años cincuenta la influencia de Namier declinó, emergiendo de nuevo la figura de este singular político irlandés. La edición de sus escritos hizo insostenible aquellos prejuicios, y autores como Cobban le devolvieron su anterior prestigio. La biografía que nos ocupa no sólo refleja este reconocimiento posnamierita, sino que recoge en sus páginas la profunda revisión que de los sucesos revolucionarios franceses se ha realizado en su bicentenario.

Quizás lo más novedoso de este libro sea la interpretación de la conducta de Burke a partir de su origen irlandés y de su problema religioso. El padre de Burke se convirtió a la Iglesia de Irlanda por conveniencias profesionales. Sin embargo, su madre y gran parte de la familia continuaron en el credo católico. Parece seguro que finalizados sus estudios Burke sufrió una crisis religiosa y que trató de volver al catolicismo, lo que finalmente no ocurrió. Sin embargo, se casó

con una «papista». Para O'Brien, académico, político y publicista irlandés de familia católica, Burke siempre padeció de un cierto sentido de culpa por el comportamiento de su padre y el suyo propio, vio con horror la situación de desigualdad en que vivían los católicos irlandeses y, por todo ello, voleó su acción política en la defensa de la igualdad y de los derechos constitucionales. Su participación en el debate sobre la Revolución Francesa fue una respuesta a la aparición en Gran Bretaña de simpatizantes, mayoritariamente de iglesias disidentes, entre los que se contaban personajes vinculados a los Gordon's Riots, violentamente antipapistas. La Constitución británica parecía el mejor dique contra el anticatolicismo de importantes sectores de la población.

O'Brien, un clásico de las páginas del *Times* y del *New York Review of Books*, llega a una curiosa identificación con su personaje. Liberalismo, relación con Gran Bretaña, rechazo de la *Filosofía de la vanidad* son temas clásicos que permiten e invitan a un encendido debate. Una joya del género es, sin duda, la correspondencia-polémica entre el autor y sir Isaiah Berlin sobre Burke y la Revolución Francesa, que se recoge en las últimas páginas.

Florentino Portero

SEWELL, Tr., WILLIAM H.: *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, 1992, 417 pp.

Con un retraso de más de diez años respecto a su edición original, se ha publicado en España este atractivo libro del norteamericano William Sewell, catedrático de Ciencias Políticas e Historia en la Universidad de Chicago.

El proyecto inicial de Sewell era realizar un estudio que se ciñese a la ideología de los trabajadores franceses durante la revolución de 1848, pero en el curso de su investigación se topó con la utilización por parte de los obreros de un lenguaje impregnado de valores corporativos, cuyas raíces se encontraban en los gremios del Antiguo Régimen. A partir de aquí, la constatación de que los comportamientos y respuestas de los trabajadores estaban mediatizadas por las experiencias que se habían producido en la sociedad preindustrial, le condujo a ampliar el campo de su estudio y a que sus investigaciones tu-

vieran que extenderse hasta el Antiguo Régimen. De este modo, el libro se compone de dos partes diferenciadas: una primera en la que se rastrean las características y desenvolvimiento de las diferentes organizaciones corporativas desde el siglo XVI y su destrucción legal con la revolución francesa; y una segunda parte, que comienza con el siglo XIX, en la que se aborda la adecuación de los trabajadores a la nueva situación, y cómo se fue tejiendo un sentimiento de solidaridad entre ellos a partir de ciertas concepciones y afinidades que se habían ido sedimentando desde el Antiguo Régimen.

A medida que se leen los distintos capítulos, esa profundización en las corporaciones del Antiguo Régimen resulta coherente, y hasta necesaria, para entender el objetivo esencial del libro que no es otro que el estudio de la toma de la conciencia de clase por parte de los trabajadores franceses, hecho que Sewell sitúa, quizá con excesiva rotundidad, en los acontecimientos que siguieron a la Revolución de 1830. Es en este terreno donde se produce la principal aportación de esta obra, al recalcar William Sewell cómo esa conciencia de identidad por parte de los obreros franceses — aunque más bien parece que cabría hablar de los parisinos — se registró a partir de las tradiciones artesanales previas, así como de lazos y afinidades que hundían sus raíces en las corporaciones y hermandades de la sociedad preindustrial. Desde esta óptica, resultaba ilustrativo bucear en las características de dichas corporaciones durante ese período para apreciar la «comunidad moral» que se fue estableciendo entre sus miembros, los cuales estaban ligados tanto por vínculos espirituales como por estrictas reglas en las que bajo una fuerte organización jerárquica se combinaba la solidaridad con el castigo.

La tesis de Sewell se suma a una pujante corriente de la historiografía social (Kocka, Breully, Calhoun, etc.) que reinterpreta el papel de los artesanos y trabajadores cualificados, superando antiguas valoraciones que recalcan el divorcio entre estos núcleos de trabajadores y la gestión del movimiento obrero. Según este último enfoque, los artesanos eran un sector abocado a su rápida desaparición una vez iniciado el proceso de industrialización, y caracterizado por representar intereses estrechos y retardatarios para el proceso de emancipación de los trabajadores. Aportaciones historiográficas más recientes contradicen esta visión, señalando, por una parte, que la industrialización que tuvo lugar en el siglo XIX en ciertos países (fundamentalmente Francia, Alemania, ¿y España?) no acabó con los ar-

tesanos o con los que podemos entender como su proyección, los trabajadores de oficio y de los pequeños talleres. A este respecto, William Sewell explica cómo el proceso de desarrollo capitalista en Francia no trajo consigo el antagonismo entre el sector fabril y el artesanal, sino que, por el contrario, el crecimiento de las fábricas implicó, al menos en los dos primeros tercios del XIX, que aumentase el número de los artesanos. Asimismo, diferentes estudios sobre los trabajadores en el siglo XIX llaman la atención acerca del activo papel desempeñado por los artesanos como configuradores del movimiento obrero, resaltándose que sus valores, sus tradiciones corporativas anticapitalistas y solidarias, etc., impregnaron a las primeras organizaciones de clase, constituyendo un soporte desde el que se produjo la contestación al capitalismo. En este terreno, Sewell es concluyente al considerar que «los sentimientos de solidaridad de clase, cuando aparecieron inicialmente en la década de 1830, eran una generalización, una proyección de un nivel superior de los sentimientos de solidaridad corporativa».

El planteamiento general del libro parte, pues, de la consideración que la actuación de los trabajadores franceses durante la primera mitad del XIX sólo es posible comprenderla si la encajamos en un marco cronológico más amplio, y se tienen en cuenta los precedentes y los elementos de continuidad que modelaron su acción. Este énfasis en la continuidad no supone que queden diluidos los cambios que la sociedad burguesa iba introduciendo, y, por el contrario, el texto ofrece interesantes análisis y/o sugerencias acerca de los cambiantes discursos y nociones que se iban registrando y las respuestas de los trabajadores de oficio a la nueva realidad que se iba estableciendo. De este modo, podemos apreciar la resistencia que aquellos trabajadores opusieron a la implantación del capitalismo, rechazando, por ejemplo, uno de los elementos característicos que aparejaba el nuevo sistema, el individualismo, y ello en nombre de la solidaridad de sus antiguas corporaciones. Asimismo reproducían ese enfrentamiento cuando al querer preservar sus sistemas de organización artesanales, intentaban mantener el control del mercado laboral, o buscaban evitar la competencia por medio de la fijación de un precio único por un trabajo, tratando, en fin, de situarse al margen de las leyes del mercado. La creciente expansión del sistema capitalista no impidió que durante un buen período aquellos artesanos provenientes del Antiguo Régimen mantuvieran el orgullo de su trabajo especializado y

la identidad con su oficio, de manera que las nuevas organizaciones obreras que se fueron constituyendo se articularon respetando las divisiones según el oficio correspondiente.

William Sewell forma parte de un grupo de historiadores norteamericanos entre los que se cuentan Sean Wilentz, Alan Dawley y otros, que han solido colaborar con la revista *Radical History Review*, y en los que es perceptible la influencia de la heterodoxa historiografía marxista británica. En esta dirección, se ha solido señalar ¹ que este libro es un estudio de la clase obrera francesa en la clave propuesta por E. P. Thompson para Inglaterra, y esa afinidad parece constatarla el propio Sewell cuando en la introducción señala tanto su interés por la antropología cultural como su rechazo de la prioridad —que no de la centralidad compartida— de los hechos económicos. No obstante, a lo largo del libro los aspectos culturales quedan relegados en favor de los análisis ideológicos, no siendo metodológicamente el trabajo todo lo prometedor que se anunciaba en su introducción, ni consigue la envergadura y sutileza que ha alcanzado la obra de su principal referente inglés. Por otra parte, Sewell opera con conceptos controvertidos dentro de la historiografía social —la conciencia de clase y la subjetividad que comporta: la significación del lenguaje y su marco referencial—, sin haber delimitado previamente su comprensión de tales nociones. En cualquier caso, estos matices no oscurecen las aportaciones que ha realizado en diferentes publicaciones en orden a situar bajo una nueva perspectiva la actuación de los trabajadores en las fases iniciales del capitalismo y la destacada función que en ese período desempeñaron los artesanos. Para el caso de nuestro país, creemos que el libro de Sewell sugiere posibilidades y vías de investigación todavía poco o nada exploradas, planteando claves que pueden permitir una mejor comprensión del comportamiento de los trabajadores de ciertas zonas de España.

Luis CastellS

¹ HUNT, LYNN. «French History in the Last Twenty Years: The rise and Fall of the *Annales Paradigm*», en *Journal of Contemporary History*, abril 1986, p. 221.

DE GIORGIO, MICHELA: *Le italiane dall'unita a oggi. Modelli culturali e comportamenti sociali*, Laterza, Bari, 1992, 550 pp.

El libro de Michela de Giorgio anuncia ya en el subtítulo una opción temática a la que corresponden innovadoras propuestas metodológicas. En el arco de más de cien años (desde la unidad de Italia, en 1861, hasta los años 1970), reconstruye la historia de las italianas a través de una narración densa y apasionada que incorpora sistemáticamente los resultados y los instrumentos analíticos elaborados por la investigación histórica feminista de los últimos veinte años. Por tanto, no se trata de una historia *adicional* que colma vacíos, ni de una historia del asociacionismo femenino, ni mucho menos de *ejemplaridades biográficas*. Desde las primeras páginas se vislumbra cómo la definición de los modelos que conforman la identidad femenina, analizados a través de la interacción entre lo subjetivo y lo público, excluye todo enfoque *lineal* o *evolucionista*. La macroperiodización, que está en el trasfondo, es continuamente segmentada y fragmentada por itinerarios simbólicos y culturales en los que las mutaciones raras veces coinciden con cambios históricos. Lo emblematisa, por ejemplo, la falta de coincidencia entre emancipación de la mujer y su entrada en el mundo del trabajo en la segunda mitad del ochocientos. Y, en tiempos más recientes, el hecho de que la participación femenina en la resistencia antifascista no se haya traducido en una difusión de modelos comportamentales nuevos.

Punto de partida de esta exhaustiva historia de las italianas es la segunda mitad del siglo pasado, que se configura como período de sistematización de una representación femenina determinada por el inatismo biológico y asociada a su inferioridad antropológica. Es la época de las *ideal-tipizzazioni* acompañadas de un retículo de prescripciones sobre la vida de las mujeres que reglamentan amistades, amor, salud, educación, lecturas. Se encuentran en una legislación discriminatoria, en una manualística y en escritos pseudocientíficos en los que se amalgaman orientaciones laicas y pensamiento católico tradicional. Las poeas escritoras o feministas que van surgiendo a finales de siglo y principios del novecientos -A. María Mozzoni, Matilde Serao, Sibilla Aleramo, Paola e Gina Lombroso, Anna Kuliscioff, Nerra- son de aseendeneia aristoerática o hijas de padres intelectuales. Todas encarnan la contradieeión de la eonviviencia entre autoafirrnación intelectual e identidad femenina.

Nacen también los primeros núcleos de un asociacionismo femenino que no llega seguramente a los niveles de movilización del movimiento sufragista inglés. Pero más que la reconstrucción de una progresiva concientización feminista e ideológica, a la autora interesa delinear los signos de un alejamiento de los modelos comportamentales –o estereotipos– que, con distintos matices y según las urgencias, legitiman una codificación fundada básicamente en el dimorfismo sexual. El nuevo Estado unitario descubre a las italianas como *reserva ética* y *civilizadora*; la primera guerra mundial comporta una acelerada y al mismo tiempo ambigua modernización de las costumbres; el fascismo difunde el modelo de la italiana *auténtica*, relanzando la prioridad del papel maternal. En contra de estas configuraciones, existen itinerarios autónomos, anónimos y públicos, que actúan en la familia y en la sociedad, o voces disonantes que se hacen sentir a través de la escritura. La autora los descubre en la publicística –novela social, revistas femeninas, ensayos–, pero sobre todo explorando, a veces de una manera demasiado minuciosa, un vasto material inédito: autobiografías, diarios, correspondencias familiares, memorias, actas notariales. Afloran los segmentos de una vivencia sufrida y conflictual que se conforta con los aspectos rituales y sociales que marcan las etapas de la existencia femenina. Entre éstas, el matrimonio, analizado en sus *escenas* institucionales, simbólicas y sentimentales: noviazgo, dote, amor, procreación, adulterio. Y también, representado como privación social y afectiva a través de la dramática figura de la soltera. En cambio, para las malcasadas, la Iglesia, a principios del novecientos, ofrece el modelo de Santa Rita de Cascia como insigne ejemplo de santificación de los sufrimientos femeninos.

A la *bella italiana* está dedicado uno de los capítulos más cautivantes del libro. Y es allí donde la dimensión de la *reLacionaLidad* propia, de la *gender history*, se revela en toda su significación. La belleza femenina es vista como intercambio desigual en relación al hombre, para el cual, al contrario, vale el capital de las *dotes duraderas*. El rito de los concursos de belleza empieza en Turín en 1889. Entre polémicas de distintas matrices ideológicas –católicos y socialistas–, se celebrará otro concurso en Roma, en 1911, en ocasión del Cinquentenario de la Unidad de Italia. Carolina Invernizio, en la *Regina del mercato*, ponía en guardia contra el falso trastocamiento social que estas prácticas hacían entrever a las mujeres de las capas populares. En clave más antropológica, la autora individualiza el paso del

ideal de belleza pasivo y *del alma* del siglo XIX, a un modelo más sano y vigoroso que refleja el de la mujer emancipada americana de la primera posguerra. El fascismo interrumpe los concursos en 1931, pero éstos volverán en la segunda posguerra, en la que *se celebra el rito de una italianidad que empieza a hablar en las formas y en las movi­lidades de un cuerpo*.

Desde luego, la historia de las italianas pasa por las diferencias de capas' sociales pero también por la pertenencia al Norte o al Sur, como la revelan los censos y las encuestas sobre la ocupación y el analfabetismo. Todo ello hace más compleja la identificación de los *hechos* de mayor relevancia histórica. La autora los sugiere a través del relato de gestos ejemplares que marcan momentos de ruptura con la actitud homologadora dominante: la primera conferencia pública en 1873 de A. M. Mozzoni, la presentación en 1907 por parte de la católica Adelaide Coari del *Programma minimo femminista* que suscita duras respuestas de la Iglesia; la entrega del premio Nobel de literatura a Grazia Deledda en 1926. En 1964, la siciliana Franca Viola rechaza casarse, después de varios días de cautiverio, con su raptor, quebrando así la tradición meridional del *matrimonio riparatore*.

¿Se trata de feminismo? Es una pregunta que De Giorgio devuelve a los lectores, en las últimas páginas, reflexionando sobre la dificultad de construir una genealogía feminista a la luz de las distintas definiciones y teorizaciones elaboradas desde el siglo XIX hasta los años setenta.

El libro se cierra con la amarga constatación de que aún hoy en día «el Gran Poder –el de la política, de las finanzas, de la prensa– permanece firme en manos masculinas, poco afectado por la legislación sobre *pari opportunità*».

Giuliana di Febo

Modern Germany Reconsidered, 1870-1945, Edited by Gordon Martel, Routledge, Londres Nueva York, 1992, 286 pp.

Modern Germany Reconsidered se presenta por su editor Gordon Martel como una segunda colección de «Reconsideraciones» desde el punto de partida que hace treinta años ofreció A. J. P. Taylor sobre los orígenes de la segunda guerra mundial –la primera reconsideración fue publicada en Boston en 1986 bajo el título *The Origins of*

the Second World War Reconsidered. The A. J. P. Taylor Debate After Twenty-five years-. La meta del libro es muy sencilla: ser útil a los estudiantes universitarios que reciben cursos de historia alemana. El método utilizado consiste en agrupar un conjunto de aportaciones de diversos autores, especialistas en la historia de Alemania, pero que en modo alguno están sujetos a una única línea interpretativa. Vinculados a lo que Collingwood denominó *historia secundaria*, el texto aporta una visión de las principales controversias e interpretaciones de historia de Alemania entre 1870 y 1945.

Aunque los trabajos compilados (doce más un ensayo bibliográfico) reflejan las distintas posiciones de los autores, casi todos historiadores anglosajones especialistas en la historia alemana moderna, su origen académico y la pertenencia a la escuela de germanistas anglosajones les otorga una unidad considerable. Representan en su conjunto lo que I. Kocka a propósito de la obra de Eley denominó «neohistoricistas con un sesgo izquierdista», en alusión a la influencia marxista (Gramsci) y radical (Thompson) de algunos de ellos (Eley y Blackbourn, principalmente). Es decir, integran una corriente de interpretación histórica de la Alemania moderna en doble ruptura tanto con el historicismo dominante en Alemania hasta los años sesenta, como con la escuela crítica que desde fines de esa década dominó la historiografía alemana bajo el dominio del revisionismo de la Escuela de Bielefeld. Frente a la primera, con raíces en Ranke y los historiadores de la Escuela de Borussia que consideraron el papel de Alemania en la Europa central desde la perspectiva de la historia política y diplomática, defendieron la incorporación de los estudios económicos, sociales y culturales que explican el carácter multifacético de toda realidad histórica: frente a los segundos (Wehler, Kocka, etc.), que desplazaron el ámbito de lo político y diplomático en favor de lo económico y social, reivindicaron, como señala en su ensayo H. H. Herwig, la recuperación del factor humano en la toma de decisiones, la no eliminación total de los aspectos políticos y diplomáticos, así como una crítica al acento exagerado que esta línea había puesto en el «imperialismo social», tal y como se contempla en la obra de Wehler.

La cronología 1870-1945 es bien explícita. Por Alemania moderna se entiende aquella que estuvo bajo el control del Estado nación alemán: 1870 como inicio del *Kaiserreich*, 1945 como fecha final del *III Reich*, y del inicio de la República Federal, no unitaria, constitu-

cional y territorialmente bien distinta del Imperio precedente. El año 1945 se presenta así como la *hora cero* que abre una nueva época con la aparición de dos Estados alemanes, la pérdida de los territorios del Este en favor de Rusia y Polonia, la liquidación de la tradición prusiana que dominó el imperio. Esta experiencia histórica del pueblo alemán marcó profundamente la historiografía de los últimos treinta años y es sobre la que se asientan, en gran medida, las distintas corrientes de pensamiento historiográfico que desde los años sesenta se han ido sucediendo en el ámbito académico alemán.

Dentro de este marco de referencia no es de sorprender que la historiografía sobre la Alemania moderna, tanto la elaborada en el interior como la del exterior, sobre todo la del ámbito anglosajón, estuvieran muy marcadas por la experiencia del III Reich. Así como la historiografía italiana de posguerra estuvo centrada en el Risorgimento y el fascismo, la alemana buscó en el pasado desde mediados del siglo XIX las raíces del fenómeno nazi. La introspección historiográfica tuvo así una vertiente múltiple que presidió todos los debates historiográficos desde los sesenta. La necesidad de conocer las circunstancias en las que fue posible el nazismo llevó a un estudio minucioso de las décadas precedentes. No sólo la República de Weimar, sino las circunstancias que llevaron a la primera guerra mundial y la naturaleza del Estado bismarckiano se convirtieron en el centro de atención de la historiografía. La peculiaridad de la vía alemana, el *sonderweg*, con un desarrollo económico intenso y un Estado con fuertes componentes autoritarios, bajo la égida de Prusia, se convirtió en el punto de arranque de un debate historiográfico aún no finalizado. Y es sobre el punto angular de este debate sobre el que se asientan los doce ensayos que componen *Modern Germany Reconsidered*.

De ellos, cinco están dedicados a analizar la situación historiográfica de la época prenazi: Geoff Eley («Bismarckian Germany») y James Retallack («Wilhelmine Germany») revisan los planteamientos básicos sobre los que se ha asentado la interpretación wehleriana del Imperio; Holger H. Erwig hace un análisis de las interpretaciones de Fischer y Wehler y presenta los últimos logros de la historiografía más reciente en el campo *industria y guerra* para el período de la primera guerra mundial. L. E. Jones, por su parte, en una interpretación alejada de F. Stern y G. Mosse, sintetiza las líneas dominantes en las relaciones entre política y cultura en la República de Weimar y sugiere cómo el ascenso del modernismo cultural y la reacción con-

tra él ayudó a definir el contexto más amplio en el cual la lucha por la supervivencia de la democracia germana fue finalmente decidida. Con menos énfasis historiográficos y más centrado en sus propias investigaciones, Dieter Langewiesche («The Nature of German Liberalism») caracteriza el liberalismo alemán como un conjunto heterogéneo (tanto desde el punto de vista doctrinal como en sus bases sociales) incapaz de frenar el avance del conservadurismo. Langewiesche resalta que el liberalismo fue el gran derrotado de la industrialización y del avance de la socialdemocracia. El liberalismo alemán, de planteamientos muy distantes de la Escuela de Manchester, no tuvo respuesta a los retos establecidos por la industrialización, ya que su ideología estaba enraizada en tiempos preindustriales. La creencia liberal en la inevitabilidad del progreso rompió definitivamente cuando Alemania fue derrotada en la primera guerra mundial y se hundió el régimen imperial.

Los cinco ensayos siguientes cubren los debates historiográficos relativos a la época nazi. Jane Kaplan («The rise of National Socialism, 1919-1933») sintetiza las interpretaciones dominantes para explicar el ascenso del nazismo. En el marco de las distintas interpretaciones Kaplan entiende que éstas, para ser satisfactorias, deben dar respuesta, al menos, a dos cuestiones relacionadas entre sí: 1) cómo creció el nacional socialismo desde sus comienzos insignificantes en 1919 para convertirse en el partido más importante de la derecha en 1930; 2) cómo su líder, Hitler, llegó a dirigir Alemania en 1933. Eve Rosenhaft («Women in Modern Germany») analiza el papel de la mujer en el sistema de relaciones sociales, políticas y culturales de la Alemania moderna y concluye que los últimos estudios indican que el nazismo no rompió de forma palpable la tendencia previa a la incorporación de la mujer al mundo del trabajo. Aunque la concepción nazi de ambos géneros establecía una división funcional en la que la mujer ocupaba un espacio preferente en el ámbito familiar, sin embargo, no representó una vía conservadora, sin más. El nacionalsocialismo retó radicalmente las polaridades de género de la ideología burguesa en dos sentidos; de un lado, en su brutal desconsideración por la distinción entre lo público y lo privado, por su determinación de someter cualquier aspecto relevante de la vida individual al control del Estado; de otro, en el repudio del mito de una feminidad unitaria que haría de todas las mujeres madres.

Thomas Saunders («Nazism and Social Revolution») hace un análisis del balance que el régimen nazi tuvo respecto de la revolución

social en el siglo XX. Su punto de partida son los trabajos de Dahrendorf y Schoenbaun, en los que plantea el fracaso de la democracia liberal, la modernización y el papel del nazismo en dicho proceso. Incorporando las distintas monografías posteriores -Hiden y Farquharson, Kershaw, Bessel, Wilke, Hebert- Saunders hace hincapié en que la experiencia nazi ni potenció ni eliminó la revolución social como tal; el punto de referencia del nazismo residió en su concepto de revolución racial, y partiendo de las conclusiones de Kershaw concluye que el nacionalsocialismo podría ser visto como un régimen revolucionario, aunque de una naturaleza opuesta al modelo de revolución propugnado por el bolchevismo. David D. Kaiser («Hitler and the Coming of the War») más que un ensayo propiamente historiográfico 10 que hace es revisar el proceso que llevó a Hitler a la segunda guerra mundial, a la luz de las últimas investigaciones. Para ello no sólo analiza la posición de Alemania y de Hitler en el marco de las relaciones internacionales del momento, sino que las integra dentro de una perspectiva comparada con el proceso que llevó a la primera guerra mundial tratando de ver los paralelismos y las rupturas entre ambos procesos. Richard Breitman («The “Final Solution”»), hace un balance historiográfico de las distintas posiciones que han existido sobre el problema de la eliminación de las minorías, de forma especial la judía. Frank B. Tipton («The Economic Dimension in German History») presenta un panorama global de la situación económica a través del análisis de las fluctuaciones cíclicas en las que se encuadran los distintos procesos sociales y políticos analizados en el resto del libro.

Finalmente, Richard J. Evans («German History: Past, Present and Future») presenta un panorama de conjunto de la situación historiográfica alemana reciente. Su valoración de las distintas corrientes historiográficas recientes la desarrolla a la luz no sólo de la renovación metodológica, sino desde la experiencia directa que el propio pueblo alemán ha ido viviendo en las últimas décadas, de forma especial las profundas transformaciones sociales -desarrollo del Estado de bienestar- y políticas --existencia de dos Estados alemanes y la reciente unificación.

Dada la diversidad de temas tratados y la doble dimensión temática e historiográfica que preside todas las colaboraciones resulta difícil establecer un balance de conjunto de la aportación real del libro. Sin duda alguna *Modern Germany Reconsidered* constituye en pri-

mer término una excelente introducción a los problemas de interpretación y a la situación de la historiografía alemana reciente. Por el contrario, la misma naturaleza sintética de las colaboraciones hace que la mayoría de los trabajos resulten a todas luces insuficientes para resolver los propios problemas historiográficos que ellos mismos plantean. De otra parte, la misma atención central que preside el libro —el *sonderweg* alemán y la experiencia nazi— hace que numerosos aspectos de la historia alemana hayan quedado sin tratamiento. Así se percibe la falta de ensayos sobre la socialdemocracia alemana, los católicos, las mentalidades o las diversidades territoriales que no parece que tengan menos interés que el análisis de la situación de la mujer en la Alemania contemporánea. Ello no resta interés a una compilación de trabajos que expresan muy bien los logros notables de la historiografía anglosajona sobre Alemania. También resulta de gran utilidad el «Bibliographical Essay» con que Tracey I. Kay finaliza el libro. Aunque recoge solamente los trabajos editados en lengua inglesa resulta de una gran utilidad incluso para los estudiantes (y profesores) españoles, dado el reducido dominio del alemán en el ámbito universitario español.

Manuel Suárez Cortina

SHANNON, RICHARD: *A History of the Conservative Party. The Age of Disraeli, 1868-1881*, Longman, Londres, 1992, 445 pp.; SEARLE, G. R.: *The Liberal Party. Triumph and Desintegration, 1886-1929*, y Macmillan, Londres, 1992, 234 pp.; BERSTEIN, SERGE, YRUDELLE, ODILE (dirs.): *Le Modèle Républicaine*, Presses Universitaires de France, París, 1992, 432 pp.

Los libros reseñados son una muestra de la constante actualidad de la historia política en Gran Bretaña y del renovado interés por la misma en Francia.

Se trata de obras muy diferentes en las que, no obstante, cabe señalar algunos rasgos comunes; entre otros, que son libros estructurados en torno a un problema central en relación con su objeto de estudio; problemas que, en los tres casos, tienen algo de paradójico: ¿Cuáles son las razones de que el partido conservador se convirtiera en un partido *grande, nacional, poderoso y popular* en los primeros momentos de la política democrática en el Reino Unido? ¿Cómo ex-

plicar la práctica desaparición del partido liberal británico en los años veinte de nuestro siglo, dada, por una parte, la amplia aceptación de la cultura liberal en aquellos mismos años y, por otra, la estabilidad característica del sistema político de aquel Estado? ¿Por qué el modelo republicano ha conseguido adaptarse a la realidad francesa, desde 1871, cuando los intentos previos fueron tan convulsivos y efímeros?

Las diferencias entre estas tres obras son, sin embargo, muy importantes. La obra de Richard Shannon es una investigación original y ambiciosa, que forma parte de un proyecto de historia del partido conservador británico desde 1830 a nuestros días, que constará de cinco volúmenes, tres de los cuales ya han sido publicados. Es una historia narrativa que, siguiendo el hilo cronológico y el proceso histórico que se pretende explicar, integra elementos muy diversos: preferentemente, los individuos con sus decisiones e intereses, pero también la organización del partido, las realidades electorales y la labor de gobierno, entre otros. No hay referencias académicas a polémicas historiográficas, problemas de interpretación o lagunas en nuestro conocimiento. Lo que se ofrece es una síntesis, elaborada sobre fuentes primarias -archivos de los protagonistas y del partido, principalmente- y secundarias -**la** muy abundante bibliografía sobre la época- **o** La riqueza de ambos tipos de fuentes permite una narración densa, llena de detalles, pero también con planteamientos de problemas de fondo, aunque el estilo es claro y el libro se lee con facilidad e interés.

Por el contrario, el libro de G. R. Searle tiene un objetivo y una estructura diferentes; en palabras del autor, pretende ser «un mapa para ayudar a los lectores a encontrar su camino entre las muy diferentes explicaciones dadas por los historiadores» al triunfo y la desintegración experimentados por el partido liberal británico entre 1886 y 1929. Aunque el trabajo también está organizado cronológicamente en torno a cuatro grandes períodos -**los** años del cambio de siglo, la situación anterior a la primera guerra mundial, el impacto de ésta y la década de los años veinte-, el enfoque es primordialmente analítico. Después de exponer las principales interpretaciones sobre la desintegración del partido liberal -**marxista**, revisionista y accidentalista- se analizan los principales factores de esta historia, con constantes referencias historiográficas, para concluir con unas observaciones que tienden a resaltar la complejidad del tema. Además

de un buen mapa, como pretende el autor, es también un útil resumen sobre los años finales del liberalismo, como organización, en el Reino Unido.

Por último, la obra editada por Serge Berstein y üdile Rudelle es el resultado de un seminario organizado por el Instituto de Estudios Políticos de París y el Centro de Historia de Europa del Siglo XX, de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, celebrado durante los años 1985-1988. Los participantes, y autores de los distintos capítulos del libro, son conocidos especialistas, como Claude Nicolet, Raymond Huard, Michel Winock, Pierre Milza o Jean Pierre Azema, entre otros, además de los editores. Consta de cuatro grandes apartados dedicados a *la elaboración del modelo, desde la ciudad griega al comienzo del siglo xx, la edad de oro del modelo republicano, 1900-1939; la promoción republicana, y la crisis y reconstrucción del modelo republicano, desde los años 1930 a nuestros días*. El postulado fundamental sobre el que descansa la investigación es que la República francesa constituye un verdadero modelo político, que no se confunde pura y simplemente con el liberalismo. La variedad de los enfoques es muy amplia: propiamente políticos, tanto de las instituciones como de las políticas republicanas en las diversas etapas; sociales, sobre las vías de movilidad ascendente, hacia la condición burguesa; y de historia de las ideas, acerca de los modelos anteriores y de la cultura republicana.

En el caso de los libros británicos resulta envidiable tanto la riqueza de la documentación disponible -especialmente los diarios y correspondencia de las principales protagonistas, junto con los archivos de las organizaciones sobre las que se escribe- como la abundancia y la calidad de las polémicas historiográficas que permiten profundizar, desde diferentes perspectivas, en los problemas analizados. Problemas que los contemporáneos españoles percibirían como algo lejano y que, desde luego, resultan muy distintos de los que plantea la historia política española del mismo período.

No ocurre lo mismo con el republicanismo en Francia, cuya historia nos es mucho más próxima, dado que las instituciones y los partidos del país vecino fueron, al menos durante el período 1871-1936, un modelo para muchos de nuestros políticos. El mismo Serge Bernstein se ocupó, en uno de los cursos de verano celebrados el último año, de las relaciones entre el radicalismo francés y el republicanismo español durante la Restauración. Una proyección exterior del mo-

delo republicano que no alcanzaba exclusivamente a España, como pone de manifiesto la contribución de Pierre Milza sobre la influencia francesa en la cultura política del antifascismo italiano. En cualquier caso, los diversos estudios que, en el fondo, explican el éxito del modelo republicano en Francia, contenidos en el libro de Bernstein y Rudelle, son una fuente muy rica de referencias con las que contrastar los factores del fracaso en España, hasta la fecha, de las experiencias republicanas.

Carlos Dardé

EICHENGREEN, BARRY: *Golden Fetters. The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1989*, Oxford University Press, Nueva York y Londres, 1992, 448 pp.

La Gran Depresión de los años treinta es, con diferencia, el acontecimiento económico más importante del siglo. Sin embargo, y no obstante los cientos de monografías de historiadores y economistas dedicados a la comprensión de este hecho, el consenso sobre sus causas y consecuencias ha sido lento. Nada tiene esto de sorprendente: la mayoría de las explicaciones importantes elaboradas durante el anterior medio siglo estaban, por fuerza, influidas por el clima intelectual de su época y, por consiguiente, daban relieve a aspectos diferentes de un fenómeno tan complejo y polifacético como es la crisis mundial de los años treinta.

El primer libro importante sobre la Gran Depresión fue escrito por H. W. Arndt en 1944 (*The Economic Lesson Of the Nineteen-Thirties*, Frank Cass, Londres, 1944). Por entonces, una de las principales preocupaciones de los economistas era evitar la reaparición del paro, una vez desmantelada la economía de guerra. Arndt, que compartía esta preocupación, elaboró un análisis de los años treinta fuertemente orientado a la adopción de medidas concretas y muy coherente. Su hipótesis era rigurosamente keynesiana: la Depresión se originó por falta de demanda agregada y había resultado tan excepcionalmente prolongada y severa debido a una equivocada política *ortodoxa*. A su juicio, el pronto abandono de dicha política explicaba el rendimiento por encima de la media de Suecia, Gran Bretaña y Alemania. La mención de Alemania podría parecer sorprendente. Pero Arndt estaba en buena compañía: en aquellos momen-

tos, Balogh, Kaldor y otros estaban profundamente impresionados por el éxito de la política económica alemana contra el paro, y debatían la posibilidad de aplicarla en el contexto de un medio político democrático.

Otra interpretación prestigiosa de la Gran Depresión de talante keynesiano apareció diez años después (I. Svernilson, *Growth and Stagnation in the European Economy*, United Nations, Geneva, 1954). Por entonces, sin embargo, el *boom* coreano había contribuido a relegar al archivador las preocupaciones generales sobre el desempleo. Durante los siguientes veintitantos años decayó el interés en el estudio de la década de entreguerras, tanto entre los especialistas como entre los responsables de la política. En los años sesenta hubo un momento en que algunos economistas llegaron incluso a hablar de la *conquista del ciclo económico*. Empleando la debida mezcla de medidas monetarias y fiscales, creyeron poder liberar a la humanidad de toda futura Depresión. La fortuna de dichas teorías fue fugaz: el llamado primer *shock* del petróleo se encargó de demostrar que los ciclos estarían siempre con nosotros.

Hacia mediados de los años setenta, el clima intelectual había girado casi en redondo: en el aire flotaba una pregunta, impensable en años anteriores: *¿puede ocurrir otra vez?* Se refería, claro está, a la Gran Depresión. Los historiadores económicos se entregaron a la tarea de reconsiderar los años de entreguerras. Una serie de economistas se convirtieron en historiadores con dedicación parcial o incluso plena. Este nuevo interés produjo un salto cuántico en la comprensión del período de 1919-1939. Vieron la luz nuevos materiales de archivo, se elaboraron estadísticas más afinadas, se utilizó la teoría económica para una mejor comprensión de las causas. Cuestionadas en profundidad las explicaciones aceptadas en los años cuarenta y cincuenta, varias interpretaciones del proceso causativo que produjo la Depresión se disputaron el campo. Algunas de ellas eran compatibles entre sí: la importancia concedida a los *desequilibrios estructurales* de la economía mundial (dislocación de los mercados de guerra, aumento del poder de mercado de las grandes empresas, rigidez del mercado de trabajo) no tenía por qué ser incompatible con el énfasis en una política equivocada o en la transmisión internacional de la crisis. Pero otras eran irreconciliables: Friedman sostenía que las fuerzas monetarias eran las responsables de la Gran Depresión, Temin respondió que no lo eran.

Entre las diversas obras influyentes de los años setenta y ochenta, querría mencionar al menos la de Charles Kindleberger (*The World in Depression, 1929-1939*, Berkeley University Press, Berkeley, 1973, 2.ª ed. revisada 1986). El enciclopédico conocimiento de la economía mundial de este autor, debido también a sus impresionantes habilidades lingüísticas, resultó en una monografía realmente internacional y comparativa centrada en torno a la idea de que la Depresión fue tan profunda y perdurable debido a la ausencia de un prestamista de última instancia, lo cual, a su vez, dependía más de factores políticos que económicos. Gran Bretaña no estaba ya capacitada —y Estados Unidos no lo estaba todavía— para ejercer un efectivo liderazgo mundial.

Casi veinte años después de la publicación del libro de Kindleberger, Barry Eichengreen ha producido otro trabajo excelente en la tradición de la mejor historia económica comparativa. Este autor, en la actualidad principal autoridad en este campo, ha integrado en sus amplias monografías los resultados de toda la investigación pertinente de los años veinte y treinta aparecida a lo largo de los dos decenios anteriores, y a la cual él mismo ha contribuido de manera decisiva. El libro será, por consiguiente, bien acogido, en primer lugar, como la síntesis más autorizada de los mejores trabajos especializados sobre la economía mundial durante el atribulado período de entreguerras. Sin duda, quedará como obra obligada de referencia durante muchos años por venir. Como tal, será de gran utilidad para economistas, historiadores, estudiantes y el público culto en general. En ella encontrarán los resultados más fiables de las últimas investigaciones en cuestiones tales como la hiperinflación alemana, la vuelta de Gran Bretaña al patrón oro, el *franc Poincaré*, la deuda y el incumplimiento de pagos internacionales, la política monetaria norteamericana, la devaluación de la libra esterlina y del dólar, el *bloque del oro* y muchas otras. La bibliografía, que contiene alrededor de 750 entradas, y un índice bien elaborado sirven para ayudar al lector a caminar entre todos estos materiales.

Por mucho que hiciera falta una nueva síntesis, y por bien acogida que sea, su realización no es más que el producto secundario del objetivo verdadero, y más ambicioso, de Eichengreen al escribir *Golden Fetters*: la presentación de una nueva interpretación, bien razonada y cohesiva, de los principales motivos que hicieron que la Depresión fuera tan profunda, tan perdurable y tan extensa. El nudo

Críticas

dramático, a su parecer, es auténticamente faustiano: el brillo del oro fue irresistible para el mundo entero, que en ello encontró su perdición.

El punto de partida de Eichengreen es un examen del sistema monetario anterior a 1913. Contrariamente a la idea común, el funcionamiento aparentemente eficiente y fluido del patrón oro clásico se debía, en gran medida, a la mano del hombre y no a las virtudes de unos mecanismos en teoría intrínsecos y automáticos. Hoy, la mayor parte de los historiadores económicos concuerdan con esta idea; pero Eichengreen destaca la importancia de la cooperación de las bancas centrales a la hora de explicar los buenos resultados, en general, del sistema de preguerra. El sostiene de modo convincente que todos los países del *núcleo* habían hecho una importante apuesta en la estabilidad del sistema, de modo que, aunque no necesariamente cooperaran de modo habitual, sin duda cooperarían en momentos de grandes crisis. Es más, Eichengreen considera el papel de Londres, como *eje* del sistema, crucial en dos sentidos: la posición central de la *City* bastaba para garantizar el funcionamiento día a día del patrón oro clásico, mientras que, en estados de emergencia, la existencia de un líder *de Jacto* aseguraba unos resultados estables para el *juego cooperativo*.

Después de la guerra civil europea, como la denominó Keynes, ninguna de las condiciones anteriormente enumeradas podía aplicarse al resucitado patrón oro. El Tratado de Versalles, como poco, trajo la inestabilidad en las relaciones internacionales. Y ello era aplicable tanto a la política como a la economía, si es que era posible distinguir entre las dos con claridad en la nueva situación. Los movimientos de bienes, capitales y mano de obra eran o caros o imposibles: los ajustes en la balanza de pagos se hicieron más lentos, con lo cual exigían una cooperación más fuerte, en lugar de más débil, entre los gobiernos y los bancos centrales si lo que se quería era mantener unos tipos de cambio fijos adheridos al patrón oro. La derrota de Alemania —y en muchos sentidos de toda Europa, con sus concomitantes estipulaciones de reparaciones y pago de deuda— dejó el sistema monetario internacional a merced de los excedentes del comercio americano compensados por movimientos de capital altamente volátiles. En un momento de fuerte desempleo, en parte relacionado con las consecuencias de la guerra, se requería una deflación para restaurar las paridades del oro. Ni los gobiernos ni la opinión

pública comprendieron bien la nueva situación, y menos aún supieron cómo hacerle frente. Los economistas, con contadas excepciones, no fueron de gran ayuda; y además, lo que era aún más grave, eran esclavos de unos maestros ya muertos y de sus doctrinas.

En esta situación, Kindleberger indicó que había hecho falta un mayor grado de liderazgo internacional. La argumentación de Eichengreen, a mi parecer, va un paso más allá. Sin duda el liderazgo es conveniente, como parecen indicar el éxito tanto del patrón oro clásico como del sistema Bretton Wood. Ahora bien, si el liderazgo implica que este líder puede estabilizar el mundo por su propia acción -como serían los préstamos de última instancia a escala mundial- entonces no hay ningún país que pueda garantizar en modo alguno un clima económico internacional estable. Como ocurría antes de 1913, el liderazgo era, en efecto, útil, quizá incluso necesario, para conseguir la cooperación.

Esta era mucho más apremiante en las inestables condiciones de los años de entreguerras que a fines del siglo XIX. Pero también era mucho más difícil conseguirla. La falta de liderazgo era, claro está, uno de los problemas, pero no el único. La guerra misma había creado el mundo menos cooperativo concebible. Tras el fracaso de una serie de congresos económicos organizados durante este período latía el rencor, la vengatividad, la acritud y todo el enconamiento de un pseudopatriotismo mal entendido. La guerra había creado unas condiciones que a un tiempo postulaban e imposibilitaban un grado elevado de cooperación. La lograda por los bancos centrales en la segunda mitad de los años veinte era, sencillamente, insuficiente. Para los historiadores es ahora muy evidente que la situación era ésta, pero también fue, sin duda, advertido por los políticos más perceptivos de la época. De ahí la pregunta clave que plantea Eichengreen: ¿por qué atarse las manos con «grilletes de oro»? Dadas las circunstancias, habrían sido preferibles medidas más flexibles. Pese a ser difícil enmarcar esta índole de audaces contrafactuales, Eichengreen parece argüir implícitamente que, con unos tipos de cambio flexibles, la economía mundial habría tenido un aspecto diferente en 1929-1933. Esta es, dicho sea, la opinión de quien hace esta reseña.

El mensaje esencial de este libro es claro y está bien argumentado y el autor consigue, simultáneamente, incorporar las porciones más serias y bien documentadas de anteriores trabajos. Este es otro motivo por el que estoy convencido de que historiadores y economistas

Críticas

por igual verán en *Golden Fetters* la obra *standard* sobre este tema durante muchos años.

Iniciaba esta reseña observando que era natural que las interpretaciones más importantes de la Gran Depresión mostraran, de algún modo, la influencia del clima intelectual de su época. ¿Es ésta una excepción a la regla? En opinión de quien hace esta crítica sólo las personas que saben entender su tiempo en profundidad están equipadas para investigar en el pasado. Eichengreen es, ciertamente, un historiador de primera categoría, y precisamente por ello nunca transpondría el pasado al presente mecánicamente, a la par que mantiene los oídos y los ojos bien abiertos a cualquier indicio que su propia época puede proporcionarle para una más completa comprensión de la historia. De modo más específico, si tenemos presente el largo período de gestación de un libro como éste, tenemos que excluir, evidentemente, toda influencia de los acontecimientos monetarios europeos más recientes sobre la interpretación de la Gran Depresión que ofrece este autor. Pero a nosotros, los lectores, nos resulta difícil resistir la tentación de mirar el estado actual, y los costes, del Sistema Monetario Europeo, cuando la cooperación es débil o inexistente, a la luz de la historia que nos cuenta *Golden Fetters*. Este es otro motivo para alabarla como una historia excelente.

Gianni Toniolo

NEVILLE, PETER: *Chamberlain: A Study in Failure?*, Londres, Hodder/Stoughton, 1992, 124 pp.; FARMER, ALAN: *Britain: Foreign and Imperial Affairs, 1919-1939*, Londres, Hodder/Stoughton, 1992, 154 pp.; THORPE, ANDREW: *Britain in the 1930's*, Oxford, Blackwell, 1992, 128 pp.

Edward Gibbon escribió en su influyente *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* (primer volumen, 1776) que «las guerras y la administración de los asuntos públicos son los principales temas de la historia». Desde entonces y hasta la actualidad, la mayor parte de la historiografía británica nunca ha desmentido a uno de sus más notables fundadores ilustrados y ha seguido cultivando con esmero y dedicación la historia política y diplomática. Y ello a pesar de que dichas especialidades, durante el transcurso de esta centuria, sufrieron en todo el mundo occidental, incluida la Gran Breta-

ña, el embate desafiante de corrientes de historia social, económica y cultural que se presentaban como alternativas más profundas y consistentes en la labor de explicación del cambio histórico. Bien es cierto que la superación de ese embate sólo fue posible gracias a una renovación intensa y radical en los modos de hacer historia política y diplomática. Y en ese proceso renovador, la primera dejó de ser la difamada historia elitista y belicista *del tambor y la corneta* y la segunda superó el nivel de relato de *los entresijos de las cortes y las cancellerías*.

Parece indudable que el vigor de la historia política y diplomática en el ámbito historiográfico británico, en cierto modo, reflejaba y refleja la peculiar situación de Gran Bretaña en la época contemporánea. Al respecto, no cabe olvidar la presencia de un flexible sistema político participativo y progresivamente acomodado a los hondos cambios socioeconómicos del país. Y tampoco puede obliterarse la posición británica como gran potencia imperial con vastas responsabilidades militares y diplomáticas en todo el mundo. La incidencia de ambos factores fue especialmente evidente en el crítico período de entreguerras de 1918-1939, cuando los gobernantes británicos trataron de mitigar las consecuencias de la Gran Guerra sobre una debilitada metrópoli y su vulnerable imperio, y finalmente, se revelaron incapaces de evitar otro agotador conflicto mundial que reduciría al Reino Unido a la condición de mediana potencia europea y acabaría enterrando su flamante imperio ultramarino. Habida cuenta de la importancia de esta época en la reciente historia británica, no resulta sorprendente que haya sido una de las más exhaustivamente analizadas, en todas sus posibles facetas, por la historiografía contemporanista.

En el año transcurrido, la producción bibliográfica sobre la política y diplomacia de Gran Bretaña entre las dos guerras mundiales no ha deparado sorpresas notables ni descubrimientos espectaculares en el orden de la documentación o de la interpretación. Nada hay que reseñar que pudiera rivalizar en importancia o entidad con la obra magistral de Donald C. Watt sobre la situación europea y mundial en los dos últimos años previos a septiembre de 1939: *How War Came. The Immediate Origins Of the Second World War, 1938-1939* (Londres, Heinemann, 1989, 736 pp.). Por el contrario, todo parece indicar que la bibliografía histórica se ha volcado en la edición de manuales de alta calidad y síntesis científica, cuyo propósito es más di-

Críticas

vulgar el saber acumulado por los estudios previos que ofrecer nuevos marcos interpretativos o desvelar documentos inéditos y desconocidos. Y hay que reconocer que cumplen su función con gran rigor y sin concesiones a la simplicidad. Dentro de esta categoría cabría incluir la biografía política que Peter Neville ha escrito sobre el primer ministro Chamberlain (*Neville Chamberlain: A Study in Failure?*, Londres, Hodder & Stoughton, 1992, 124 pp.); el estudio de Andrew Thorpe sobre la naturaleza de la crisis británica de los años treinta (*Britain in the 1930's*, Oxford, Blackwell, 1992, 128 pp.); Y la revisión de Alan Farmer sobre los problemas y dilemas de la diplomacia imperial británica en la época (*Britain: Foreign and Imperial Affairs, 1919-1939*, Londres, Hodder & Stoughton, 1992, 154 pp.).

Peter Neville ofrece una biografía temática de Chamberlain que supera los mitos y medias verdades que rodean la figura del influyente político conservador que dirigió la Hacienda británica (1931-1938) durante la depresión económica y fue primer ministro (1938-1940) hasta los primeros desastres de la segunda guerra mundial.

En el retrato de Neville, Chamberlain no aparece caricaturizado como el inglés crédulo engañado por Hitler varias veces, cuyo anti-comunismo visceral le llevó a menospreciar el peligro nazi para Gran Bretaña y que, en el pacto de Munich sobre Checoslovaquia, intentó desviar las intenciones agresivas alemanas contra la Unión Soviética. Por el contrario, se ofrece la favorable imagen de un político con amplia experiencia en la administración municipal, probadas credenciales de reformador social y sólida formación económica. Esta última característica le encumbraría hasta el ministerio del Tesoro cuando la economía británica sufrió el pleno impacto de la depresión internacional. Y sus mismos éxitos en ese campo, perceptibles con la recuperación económica iniciada en Gran Bretaña en 1933, le convirtieron en primer ministro en 1938, cuando comenzaba el inexorable deterioro de la situación europea e internacional que llevaría a la guerra mundial. En este ámbito diplomático se sitúa el fracaso de Chamberlain al que alude el subtítulo de la obra y que ha quedado impreso en la memoria pública con la imagen del premier con bombín y paraguas que garantizaba «paz para nuestro tiempo» poco antes de iniciarse la tragedia. El fracaso de la política exterior de Chamberlain para evitar otra nueva guerra con Alemania empañó indefectiblemente sus indiscutibles éxitos en política interna e imperial. Y,

sin embargo, su política de recuperación económica y reforma del imperio era consustancial con su política de apaciguamiento de Hitler y Mussolini.

El contexto determinante que limitaba la actuación de Chamberlain en el plano diplomático, apuntado brevemente por Neville, es objeto de un detallado análisis en el estudio de Andrew Thorpe sobre los años treinta en Gran Bretaña. A tenor del mismo, el impacto de la depresión internacional sobre la economía británica fue muy hondo y sus efectos sobre la estructura social y política duraderos. No en vano, Gran Bretaña, habiendo perdido a fines del siglo XIX elliderazgo exclusivo como potencia industrial, se había ido convirtiendo en la primera potencia comercial y financiera del mundo gracias a la actividad intermediaria de su flota mercante, a los servicios de sus compañías aseguradoras, al volumen de sus créditos e inversiones en el extranjero y a los beneficios que le reportaban sus vastas posesiones imperiales. En definitiva, se había convertido en una economía que dependía de sus exportaciones (y reexportaciones) de bienes y servicios para su prosperidad y de sus importaciones de alimentos y materias primas para su existencia. En tales circunstancias, los efectos de la depresión sobre una economía volcada al exterior fueron devastadores: en el plazo de dos años, las exportaciones cayeron un tercio de su volumen y la mitad de su valor, el número de parados ascendió de 1,3 a 2,7 millones, el déficit de la balanza de pagos empeoró dramáticamente y la huida masiva de capitales afectó a la libra como divisa internacional y al crédito de Londres como plaza financiera.

El inmediato resultado de la gravedad de la crisis fue de orden político: el dubitativo gobierno laborista, en el poder desde 1929, fue reemplazado en 1931 por un gobierno de coalición nacional hegemonizado por los conservadores que subsistiría hasta 1940 con una amplia base electoral. Dicho gobierno, con Chamberlain como verdadero hombre fuerte, pondría en marcha las medidas económicas de urgencia que posibilitarían la recuperación: el abandono del patrón oro permitió la depreciación de la libra y la reactivación de la exportación, a la par que se recurría al mercado interno como motor del crecimiento en sustitución del comercio exterior; paralelamente, la secular política librecambista era abandonada en favor del proteccionismo comercial y de una política arancelaria de *preferencia imperial*, cuyo objetivo era constituir en torno a las colonias y dominios del imperio una zona económica de la libra autónoma y amortigua-

Críticas

dora del impacto de la depresión mundial. El efecto de estas medidas fue propiciar la recuperación e incluso la prosperidad económica en el centro y sur del Reino Unido, donde se hallaban emplazadas las nuevas industrias ligeras y transformadoras. Por el contrario, el norte del país y sur de Gales, donde estaban radicadas la mayoría de industrias tradicionales (minería, textil, siderurgia y construcción naval), continuaron experimentando los rigores de la crisis.

En definitiva, según recuerda Andrew Thorpe, la política gubernamental consiguió superar la crisis económica aun a costa de promover una recuperación diferencial, por cuanto la prosperidad evidente de unas zonas británicas convivía con el desempleo masivo en ciertas áreas y sectores productivos. Así surgieron en la práctica las *dos naciones* que había conjurado Disraeli en su momento y que permiten ofrecer, según se atiende a una u otra, una imagen negra o rosa de la sociedad británica de los años treinta. Con todo, el gobierno conservador no dejó de ocuparse de las zonas en declive y promovió una política de protección a los parados y seguridad social que sentaría las bases del Estado del bienestar de posguerra. De este modo, consiguió mitigar la potencial conflictividad laboral de dichas *zonas deprimidas* y preservó la estabilidad sociopolítica que singularizaría al Reino Unido en el dramático contexto europeo de los años treinta. No en vano, la preservación de la paz social y política en la metrópoli formaba parte del programa gubernamental y se consideraba un requisito imprescindible para el desarrollo armónico de las transformaciones que se estaban operando en la estructura económica británica y en la relación de ésta con el medio internacional.

El proceso de recuperación de la economía británica en los años treinta acentuó una característica crucial de la misma que habría de tener una gran trascendencia diplomática: su estrechísima dependencia de la situación económica internacional. Porque, a diferencia de una mera potencia industrial, la prosperidad de una potencia comercial y financiera como era el Reino Unido dependía ante todo de la estabilidad de los mercados mundiales para que no se alterasen los flujos comerciales y no se viera dañado el crédito y la divisa británica. La experiencia de 1914-1918 había demostrado hasta qué punto las medidas económicas exigidas por el esfuerzo de guerra podían socabar las fuentes de riqueza del país y su *status* internacional: crecimiento desorbitado de la deuda pública, venta de inversiones extranjeras, controles de divisas, reducción de exportaciones y aumento

de importaciones, inflación aguda, pérdidas en la flota mercante, tensiones en el tejido social y político británico e imperial, etc. Por tanto, como subraya Alan Farmer en su aguda presentación de la diplomacia de postguerra, los gobernantes británicos concluyeron que el mantenimiento de la paz internacional era un objetivo vital para la seguridad y prosperidad del Reino Unido y su imperio. En palabras del primer ministro Stanley Baldwin en 1923: «cuando decimos que la paz constituye el mayor interés británico queremos decir que los negocios y el comercio británicos, que son esenciales para la vida de nuestro pueblo, florecen mejor en condiciones de paz».

Si la propia naturaleza de la economía británica requería el mantenimiento de la paz mundial, otro tanto exigía la planificación de la defensa imperial. No en vano, la misma configuración del Imperio, excesivamente extenso (comprendía una cuarta parte de la superficie terrestre) y muy disperso (se hallaba repartido por todos los continentes), acrecentaba su vulnerabilidad estratégica. Y ello hacía imposible garantizar la seguridad de todos sus componentes contra potenciales enemigos sin incurrir en gastos militares excesivos que comprometerían gravemente la estabilidad económica de la metrópoli. Por tanto, los gobernantes del Reino Unido se enfrentaron a un dilema insoluble entre la exigencia de estabilidad impuesta por la peculiar naturaleza de la economía británica y el coste de los compromisos estratégicos derivados de las dimensiones mundiales del Imperio. Y, con el pragmatismo habitual, dictaminaron que la preservación de la paz y la limitación de los gastos militares constituían el único modo de armonizar exigencias económicas y demandas estratégicas, dada la enorme desproporción entre ambas.

Tal decisión de evitar la guerra y un serio programa de rearme, como recuerda oportunamente Alan Farmer, contaba con otras razones no menos importantes que las de orden económico y estratégico. En primer lugar, la opinión pública británica era profundamente pacifista tras la revulsión provocada por las pérdidas humanas de la Gran Guerra y se mostraba muy reticente a todo compromiso bélico que no fuera o pareciera vital para la seguridad del Reino Unido. Y, en el contexto de una democracia de masas donde el laborismo estaba en franco ascenso, ese factor determinó la concentración del debate político en asuntos de reforma social interna que acapararon la mayor parte del presupuesto estatal en detrimento de los gastos militares. Por otro lado, los dominios, cuya ayuda había sido vital du-

Críticas

rante la guerra, exigían a la metrópoli que limitase sus compromisos estratégicos a la defensa del Imperio, dentro del cual, además, existían graves focos de tensión por los movimientos nacionalistas hindúes y egipcios y por el conflicto árabe-sionista en Palestina. Finalmente, tras la revolución bolchevique en Rusia, las élites políticas británicas estaban convencidas de que otra guerra como la de 1914-1918 sólo serviría para favorecer la expansión del comunismo y que tal era el propósito de los dirigentes soviéticos y de la activa Comintern.

Para infortunio de los gobernantes británicos, la depresión económica de los años treinta hizo más necesaria que nunca la paz mundial y, al mismo tiempo, originó los peligros más radicales para su mantenimiento. No en vano, la crisis había socavado la estabilidad política y económica del sistema internacional y había alentado en diversos estados fuerzas revisionistas de un *statu quo* tan caro y provechoso para el Reino Unido. En 1931 la conquista japonesa de Manchuria inauguraba el imperialismo nipón en el Extremo Oriente y creaba una amenaza para la seguridad de las colonias asiáticas y los dominios de Australia y Nueva Zelanda. Dos años más tarde, el triunfo nazi en Alemania con un programa de rearme acelerado y expansión territorial hizo surgir en Europa un riesgo mucho más acuciante y cercano al centro neurálgico del imperio. Y finalmente, en 1935, la invasión italiana de Abisinia inició la pretendida reactualización fascista del Imperio romano, creando un tercer riesgo potencial para la hegemonía británica en el Mediterráneo.

Ante el surgimiento simultáneo de esas tres amenazas a sus dispersos intereses, la respuesta del gobierno británico consistió en formular y ejecutar una estrategia diplomática de emergencia: la llamada política de apaciguamiento. En esencia, dicha diplomacia pretendía eliminar los focos de tensión creados mediante la aceptación tácita o negociación explícita de cambios pacíficos en el *statu quo*, siempre que fueran aceptables para la seguridad británica y evitaran los riesgos implícitos en una guerra o carrera de armamentos entre las potencias. Los fundamentos de tal política de apaciguamiento no podían ser más firmes y conocidos: la precariedad de la recuperación económica; el pacifismo de la opinión pública; las presiones de los dominios; y la creciente desproporción entre los excesivos compromisos estratégicos en tres potenciales frentes dispersos y los escasos medios militares disponibles tras años de recortes presupuestarios (la flota

exigía un recambio de buques obsoletos; las fuerzas terrestres se reducían al mínimo en un país que carencia de milicia obligatoria; y las aéreas estaban en proceso de construcción). Además, el aislacionismo de Estados Unidos hacía descartable en caso de conflicto un apoyo clave similar al prestado en la Gran Guerra. Y la paralela debilidad de Francia por su profunda división sociopolítica no sólo restaba un sólido aliado en el continente, sino que parecía reanimar el fantasma de una revolución prosoviética más temida que cualquier régimen fascista.

En esas condiciones, la experimentación de una política de apaciguamiento en los distintos focos conflictivos era preferible a cualquier estrategia de guerra preventiva que obligase a un rearme acelerado y a la movilización de los recursos económicos para el esfuerzo bélico. Y ello porque su resultado, como había demostrado la Gran Guerra, sólo podría ser en el mejor de los casos una victoria pírrica de consecuencias terribles: el debilitamiento de la posesión de Gran Bretaña en el mundo; la aceleración del proceso de desmoronamiento del Imperio y la génesis de graves tensiones revolucionarias en la propia metrópoli. Por el contrario, la política de apaciguamiento ofrecía la posibilidad de buscar un acomodo con las demandas de los Estados revisionistas a la par que se preservaba la estabilidad política, la cohesión social y la fortaleza económica del Reino Unido, que eran sus principales activos en el escenario diplomático. Y sólo para remediar las deficiencias militares más notorias y dar cobertura y eficacia a esa estrategia diplomática, los dirigentes británicos iniciaron en 1934 un programa de rearme limitado para que la negociación pudiera hacerse desde una posición de fuerza disuasoria.

Entre 1931 y 1939, en todas y cada una de las crisis diplomáticas planteadas por las potencias revisionistas, los gobernantes británicos se atuvieron sistemáticamente a los parámetros dictados por la política de apaciguamiento en un esfuerzo casi desesperado por evitar otra guerra mundial: en Manchuria y la guerra chino-japonesa, durante la invasión italiana de Abisinia, al producirse la remilitarización de Renania, frente a la intervención nazi-fascista en la guerra civil española, al consumarse el Anschluss de Austria, en el pacto cuatripartito de Munich sobre Checoslovaquia, etc. De hecho, la política de apaciguamiento no se interrumpió hasta marzo de 1939, cuando se hizo evidente que los designios nazis no aspiraban a un reacomodo de sus intereses en el concierto europeo, sino a la imposición cruen-

ta de la hegemonía alemana en el continente, poniendo en peligro el equilibrio europeo del que dependía la seguridad de Gran Bretaña. Cuando tal perspectiva se reveló incontrovertible, los gobernantes británicos, con mayor o menor renuencia y presionados por una opinión pública convertida al antinazismo, abandonaron una política fracasada e iniciaron la política de resistencia. Y ello a sabiendas de que dicha política hipotecaba sin remedio la riqueza y fortaleza del país y quizá la supervivencia del Imperio.

El error de los apaciguadores no fue que intentaran el apaciguamiento, sino que continuaran intentándolo cuando todo indicaba que era inútil, que Hitler era inapaciguable, que la dinámica destructiva del nazismo resultaba imparable y que tanto Italia como Japón aprovecharían el desafío nazi para ajustar sus propias cuentas con el Reino Unido. Es decir, su fracaso residió en su tardanza cuasi-criminal para comprender a tiempo, antes de que Hitler hubiera fortalecido sus posiciones en el año crucial de 1938, que la alternativa era resistir aun a riesgo de guerra o aceptar el puesto subordinado en el orden europeo que el Führer ofrecía. Sólo cuando esa disyuntiva se hizo evidente, el concepto de «apaciguamiento» pasó a tener una connotación moral peyorativa, a significar la retirada acobardada ante la amenaza de fuerza, el abandono a su suerte de pueblos como el español y el checo, y la connivencia furtiva con los agresores. Sólo entonces, para la inmensa mayoría de la opinión pública británica y de sus gobernantes, el pacto de Munich dejó de ser la garantía de «paz para nuestro tiempo» y se convirtió en una derrota moral y diplomática vergonzante. Y sólo entonces, el fracaso diplomático de Chamberlain oscureció sus éxitos internos a la par que las advertencias de Churchill acabaron prendiendo entre los británicos hasta personificar la voluntad política de resistencia a ultranza al nazismo. Las obras de Neville, Thorpe y Farmer recuerdan con maestría sintetizadora esos procesos y demuestran una vez más el vigor explicativo e interés cívico de la buena historia política y diplomática. Y ello no es poca cosa en los tiempos que corren.

Enrique MoradieLlos

HOURANI, A.: *Historia de los pueblos árabes*, Ariel, Barcelona, 1992, 423 pp.

En la actualidad la historiografía española sobre los pueblos y países árabes goza de un indiscutible auge, habiéndose registrado la publicación, durante estos últimos años, de diversos libros sobre este apasionante mundo, que aunque no constituyen una bibliografía muy abundante, sí son suficiente muestra del interés y la preocupación de los autores e investigadores sobre la historia reciente y la actualidad de ese universo árabe.

La atención de tales investigaciones y publicaciones se ha orientado, principalmente, hacia tres conjuntos de áreas temáticas. En primer lugar, sobre el norte de Africa, en general, y sobre el Maghreb, en concreto, región siempre de gran interés en todos los aspectos para España, y que cuenta con las obras recientes de C. Martín Muñoz: *Política y elecciones en el Egipto contemporáneo, 1922-1990* (MAE, Madrid, 1992, 511 pp.); la editada y presentada por B. López García, C. Martín Muñoz y M. H. de Larramendi: *Elecciones, participación y transiciones políticas en el Norte de Africa* (MAE, Madrid, 1991, 319 pp.); la coordinada por B. López Carda: *España-Magreb, siglo XXI* (Mapfre, Madrid, 1992, 378 pp.), y la de D. del Pino: *Marruecos, entre la tradición y el modernismo* (Universidad de Granada, 1990, 296 pp.); y en el marco del Maghreb, las que tratan sobre la cuestión del Sahara Occidental, como son la de J. de Piniés: *La descolonización del Sahara: un tema sin concluir* (Espasa-Calpe, Madrid, 1990, 236 pp.), y la de J. R. Diego Aguirre: *Guerra en el Sahara* (Istmo, Madrid, 1991, 386 pp.).

En segundo lugar, sobre el Próximo Oriente, región que se ha configurado desde la segunda guerra mundial, como ha escrito R. Mesa, como uno de los centros neurálgicos de las relaciones internacionales, como uno de los puntos de mayor conflictividad a escala mundial en el siglo XX, y ahora actualizada por la reciente crisis del Golfo, área a cuyo estudio están dedicados, entre otros, el libro coordinado por A. Marquina: *Un nuevo orden de seguridad para Oriente Medio* (Ed. Complutense, Madrid, 1991, 162 pp.), y el de J. U. Martínez Carreras: *El mundo árabe e Israel. El Próximo Oriente en el siglo XX* (Istmo, Madrid, 1992, 291 pp.).

y en tercer lugar se encuentra la bibliografía sobre el mundo árabe en general, como fue la publicación hace unos años del completo

Críticas

trabajo de B. López Carda y C. Fernández Suzor: *Introducción a los regímenes y Constituciones árabes* (C. de E. C., Madrid, 1985, 358 pp.), Y entre la más reciente publicación es la obra de Albert Hourani, profesor de la Universidad de Oxford, *Historia de los pueblos árabes*, Ariel, Barcelona, 1992, 423 pp., Y cuyo tema de estudio es, como indica el propio autor en el Prefacio del libro, «la historia de las regiones de lengua árabe del mundo islámico, desde el nacimiento del Islam hasta la actualidad», estructurando la obra en cinco partes, que contienen un total de veintiséis capítulos, tras el citado Prefacio y el Prólogo, en el que el autor hace una larga referencia a Ibn Khaldún, cuya vida refleja el mundo al que pertenece.

Se trata, por tanto, de una historia de los países donde el árabe es la lengua principal, y el Islam la religión más extendida, analizando el largo proceso que se prolonga desde sus orígenes en el siglo VII hasta nuestros días, constituyendo un estudio muy completo de la evolución histórica vivida por los árabes, ofrecido con una visión de globalidad y tratando sobre todos los aspectos del mismo: políticos, económicos, sociales, culturales y religiosos, lo que le da una gran riqueza en su contenido, expuesto de forma bien estructurada y clara.

Comienza el trabajo señalando cómo a principios del siglo VII hizo su aparición un movimiento en los márgenes de los grandes Imperios, el bizantino y el sasánida, que dominaban la mitad occidental del mundo: fue el movimiento de los árabes, por la iniciativa y la acción de Mahoma, que generó la formación de un mundo (siglos VII-X) con la organización del Islam, la construcción de un Imperio, el establecimiento del Califato, sucesivamente con centro en Damasco y Badgad, sobre una base social y económica unificada, y sobre la que se impone la autoridad política fundamentada en el Islam.

Durante el período siguiente, el mundo del Islam estuvo dividido en muchos aspectos, pero conservó su unidad en otros. En el siglo X, el Califato se desmembró y en Egipto y España aparecieron Califas rivales, aunque la unidad social y cultural que se había desarrollado en su seno continuaba intacta. Sin embargo, a pesar de las divisiones y los cambios políticos, las zonas de habla árabe del mundo musulmán poseían formas sociales y culturales que se mantuvieron relativamente estables durante este período y que mostraban similitudes entre las diversas regiones. Se estructuran así las sociedades árabes musulmanas (siglos XI-XII), en cuya composición se integran los mundos de las ciudades, los campesinos y los pastores nómadas, en la tra-

dición de las enseñanzas islámicas, además de las minorías cristiana y judía, que conservaban sus propias tradiciones religiosas, y todos ellos bajo distintos soberanos y autoridades políticas emergidas tras la desmembración del Califato que dejó de ser una única unidad política y la institución central del poder. En esta fase, el mundo árabe-islámico está dividido en tres amplias zonas, cada una con su propio centro de poder y con tres gobernantes reclamando el título de Califa. Estas tres regiones tenían sus respectivas capitales en Bagdad, El Cairo y Córdoba, existiendo además otros soberanos menores.

A lo largo de los siglos XV y XVI, la mayor parte del mundo musulmán fue integrada en tres grandes Imperios: el de los Otomanos, el de los Safavies y el de los Mogoles, quedando sometidos todos los países de habla árabe al Imperio Otomano, con capital en Estambul, salvo algunas zonas de Arabia, Sudán y Marruecos. Es esta *la época otomana (siglos XVI-XVIII)*, en la que se impone un Imperio que era un Estado burocrático que comprendía diferentes regiones en el seno de un mismo sistema administrativo y fiscal, y que era heredero de una tradición específicamente islámica. De esta forma, impusieron su gobierno sobre las provincias árabes, y en el siglo XVII los árabes crearon un nuevo mundo al que se incorporaron otros pueblos, aunque en los siglos XIX y XX fueron ellos los que se incorporaron a su vez a un mundo nuevo creado en Europa occidental. En el siglo XVIII, el equilibrio entre los gobiernos otomanos central y los locales cambió, lo que provocó una inestabilidad en el sistema de poder, y en algunos puntos del Imperio las familias o grupos dirigentes otomanos disfrutaban de una autonomía relativa, aunque continuaban fieles a los intereses principales del Estado.

El siglo XIX fue la época en la que Europa dominó al mundo, y también a los árabes, sobre los que fue imponiendo a lo largo de casi un siglo su dominación colonial, sustituyendo en este control al poder turco. Es *la época de los Imperios europeos (1800-1939)*, cuya primera conquista de un país árabe fue la de Argelia por Francia en 1830-47. El Imperio Otomano, que fue adoptando nuevos métodos de organización militar y de administración, extendiéndose por el mundo musulmán gobiernos reformistas, fue perdiendo sus provincias árabes norteafricanas a lo largo del siglo XIX ante el empuje europeo, creándose una nueva alianza de intereses entre los occidentales y las élites dominantes de esos países. El dominio europeo sobre los árabes se completa al término de la primera guerra mundial cuan-

do el Imperio Otomano queda derrotado, desapareciendo poco después ante la revolución republicana, y sus provincias árabes del Próximo Oriente son repartidas entre Gran Bretaña y Francia que las administran como mandatos en el marco de la Sociedad de Naciones durante todo el período de entreguerras. La totalidad del mundo árabe queda así y a lo largo de esta fase bajo el dominio colonial europeo, a excepción de algunas zonas de la Península Arábiga. Pero fue en el seno de este nuevo mapa político y en este momento cuando se alzaron y desarrollaron unos renovadores movimientos nacionalistas árabes.

La segunda guerra mundial cambió la estructura del poder en el mundo, y entre otros aspectos, supuso el final del colonialismo europeo y el inicio del proceso de descolonización. En la inmediata posguerra, en el Próximo Oriente llegó a su fin la dominación francesa y británica, poco después sustituida por la presencia norteamericana, alcanzando su independencia los países árabes de la región, y en la década de los años cincuenta la obtienen los países árabes norteafricanos, produciéndose además la revolución egipcia, y estableciéndose regímenes comprometidos con las ideas del nacionalismo, el desarrollo de los recursos naturales y la educación popular, mientras despliegan sus políticas en el seno de unas sociedades que experimentaban un vertiginoso proceso de cambios. Es *la época de los Estados nación (a partir de 1939)*, cuya idea predominante en las décadas de 1950 y 1960 es la del nacionalismo árabe popular, que aspiraba a una estrecha unión entre los países árabes, a la independencia respecto de las superpotencias y a unas reformas sociales en el sentido de una mayor igualdad, iniciándose en algunos países sendos procesos revolucionarios, y encarnándose estas ideas en el nasserismo, además del beasismo. Es por entonces cuando se impone la influencia estadounidense sobre la región, y cuando se registra una cierta desunión árabe, iniciándose desde 1967 una época de inquietud. En la década de 1980, por último, una combinación de factores añadió una tercera idea a las del nacionalismo y la justicia social como fuerza que podía dar legitimidad a un régimen, tras la revolución iraní de 1979, como fue el veloz crecimiento de los sentimientos y lealtades islámicas.

En las páginas finales de este excelente libro se incluyen una serie de mapas históricos, unas tablas cronológicas y una extensa bi-

bliografía agrupada en las cinco partes de que se compone la obra y relacionada por temas.

José U. Martínez Carreras

JOVER ZAMORA, JOSÉ MAHÍA: *La civilización española a mediados del siglo XX*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992 (tomo 259 de la Colección Austral), 387 pp.

Se dice que una de cada diez páginas que se escribe en el mundo se escribe de historia. En nuestro país esa proporción quizá sea aún mayor. Pero de esa enorme producción historiográfica, ¿cuánto es simplemente una acumulación de datos y cuánto se dedica a la reflexión sobre esos datos y sobre la información que se posee de nuestro pasado? Naturalmente que no todo el mundo -todos los historiadores, se entiende- está dispuesto a pensar sobre 10 que ha estudiado, y mucho menos arriesgarse a escribir sobre 10 que ha pensado. Hace falta llegar a un punto de madurez y tener un bagaje de erudición importantes, además de una fina capacidad de análisis, para que la reflexión histórica permita una aportación sustancial o una interpretación clarificadora sobre los fenómenos históricos objetos de esa reflexión. José María Jover está sobrado, como historiador, de esas cualidades, como ha demostrado ya en muchos de sus trabajos y como viene a confirmar en este libro que yo no dudaría en calificar, sin que nadie me tache de exagerado, de libro de cabecera para la historia de nuestro siglo XIX.

En realidad, se trata de una reedición revisada del prólogo que Jover escribió hace poco más de una década para el tomo correspondiente a la época isabelina de la Colección de *Historia de España* de Menéndez Pidal, con el añadido de una segunda parte, más breve, en la que se incluye un ensayo sobre los conceptos de civilización y cultura. Desde luego, su publicación en formato de bolsillo y en una edición barata ha sido un acierto editorial, ya que el voluminoso tomo de aquella colección es difícil de manipular y además no está al alcance de todos los bolsillos. Los estudiantes, sobre todo, agradecerán la facilidad que ahora supone poder contar con este libro que, estoy seguro, contribuirá a atraer a muchos jóvenes al apasionante debate sobre la historia del pasado siglo.

Para comenzar, el libro de Jover plantea –quizá sin proponérselo– una crítica a las modas historiográficas, o más bien a los modos que tratan de imponer una determinada terminología histórica, lo que no siempre quiere decir un cambio de orientación metodológica. ¿Quién puede permitirse el lujo de denunciar esta situación? Pues, sin duda, el maestro reconocido por todos que está por encima de las modas y cuya categoría no depende de verse incluido o no en determinada corriente de última hora, sino de su trayectoria, de su experiencia y de su obra. Por eso Jover llama a las cosas por su nombre: *flistoria de la civilización*, no simplemente *historia social*. Como a Eugenio Tapia, a Jover le interesa «el estado social de la nación española» y el «ejercicio de sus facultades morales e intelectuales» y no tiene ningún reparo en remitirse al historiador de la época isabelina o a Rafael Altamira para definir el contenido de lo que realmente abarca este estudio.

Se inicia el libro con una justificación de la periodización de todo el tramo cronológico que comienza con la regencia de María Cristina en 1834 y termina con el Sexenio Democrático en 1874 y que Jover divide en cuatro etapas claramente definidas, aunque no todas coincidan con los compartimentos que se han venido haciendo tradicionalmente de todo este período. Pero lo más interesante es el análisis de estas cuatro etapas a la luz de la trayectoria histórica del resto de Europa para poner de manifiesto que ni siquiera un siglo tan peculiar en el conjunto de nuestra historia como el siglo XIX puede entenderse cabalmente si no es en relación con los fenómenos que se producen paralelamente más allá de la frontera pirenaica. Es una historia entrecortada y convulsa la que se desarrolla entre estas dos fechas límites, pero para Jover es precisamente en estos años en los que se forjan los fundamentos de la sociedad española, por lo menos hasta 1931. Y para demostrarlo, pasa a analizar, capítulo por capítulo, los diferentes niveles en los que se produce este proceso, apoyándose en una abundantísima bibliografía, que constituye una auténtica puesta al día de la investigación sobre la época isabelina y el Sexenio.

En primer lugar, realiza un análisis del proceso constitucional desde 1812 hasta 1874 y pone de manifiesto su coherencia, así como su carácter unitario e integrado, carácter que se mantiene incluso con la aparentemente estridente Constitución federal de 1873. Traza hábilmente el engarce existente entre todos estos textos legales para demostrar que el proceso político que se desarrolla a lo largo de estos

años es menos convulso y sincopado de lo que podría pensarse en un principio y nos recuerda que las deficiencias del funcionamiento de la España isabelina se corresponde con las dificultades de los sistemas representativos en la Inglaterra victoriana, en la Francia del Segundo Imperio o en la Italia del Risorgimento.

A continuación destaca el papel de la Administración centralizada de la época liberal en la conformación de España como nación unitaria y hace la acertada observación de que fue quizás a principios del siglo XVIII, con el primer Borbón y las reformas que éste llevó a cabo, cuando los españoles experimentaron por primera vez la significación de lo «nacional». También lanza la hipótesis de que, así como hubo revolución política, no hubo tanta revolución administrativa en la época isabelina, puesto que lo que comenzó a implantarse a partir de 1834, incluidas las nuevas circunscripciones territoriales de las provincias, no fue más en cierto sentido que una continuación de las reformas que habían iniciado en el siglo XVIII los Borbones. Sin embargo, reconoce que la importante labor del moderantismo isabelino en la edificación de una fuerte administración centralizada sería el legado más permanente que sus gobernantes ofrecieron, no sólo al régimen de la Restauración, sino al siglo XX. Todo ello, sin minusvalorar la aportación de los progresistas, demócratas y federales en cuanto a la lucha por la utopía y a la proyección de futuro.

Capítulo importante merece también el papel de la historiografía del período en la conformación de una conciencia nacional y en este sentido destaca en particular el protagonismo ejercido por la *Historia de España* de Modesto Lafuente.

Para José María Jover, la era isabelina era también importante como forjadora de una *ciudadanía*, en el sentido de una participación formal en los procesos electorales (no en el sentido de una participación efectiva en los mecanismos de poder), que fue ampliándose desde el Estatuto Real de 1834 hasta la Constitución de 1869, en un proceso que no difiere mucho del que estaba produciéndose entonces en el resto de Europa. Tampoco olvida a lo que califica como clases «subciudadanas» y se refiere a la imagen colectiva que ha dado nuestra nación de proclividad cainita y que no corresponde exactamente con la realidad, y echa de menos un análisis psicológico-social y ético del comportamiento de los grupos populares de nuestra sociedad. Las manifestaciones de violencia de los españoles son, para Jover, introducidas por elementos exógenos en virtud de un sentirnien-

to jerárquico que todavía subyace en la sociedad española. «El caínismo no es fruto espontáneo en el pueblo español», afirma tajantemente en la página 235.

Por último, Jover analiza la política exterior de este período, caracterizado por la falta de conflictos y por una tranquilidad generalizada entre los ciclos bélicos de Fernando VII por una parte, con las dos guerras de la Independencia, y la Restauración por otra, con la Guerra de Cuba. El aislamiento y la dispersión de los restos de su imperio colonial son quizás las otras características más significativas de la situación internacional de España en estos momentos. En cuanto a la proyección de la monarquía y de la sociedad hacia el exterior, Jover señala cuatro componentes: la inserción de España en el cuadrante suroccidental de Europa, dominado por Francia e Inglaterra; una tendencia al aislacionismo; la euforia nacionalista provocada por las expediciones a África y Ultramar; y la receptividad ante las utopías humanitarias, liberales y democráticas europeas durante el Sexenio.

La segunda parte del libro es mucho más breve e incluye un ensayo en el que José María Jover recuerda que si bien hubo un momento en el que el concepto de *civilización*, impulsado en España por Rafael Altamira, tuvo un significado aceptado para designar un determinado campo historiográfico, a partir de la renovación que se produjo en la metodología histórica en los años cincuenta fue sustituido por el concepto de *historia social*. Sin embargo, para Jover este concepto ha quedado estrecho y propone la recuperación del concepto de civilización que es, según él, más adecuado para designar ese amplio espectro de la realidad social que cae dentro del territorio de los historiadores: ... *la historia de la civilización comparece hoy entre nosotros con una personalidad y una fuerza renovadas, no sólo como proyecto destinado a abrir nuevos horizontes a la ciencia histórica... sino como realidad parcialmente lograda a la que sólo falta la recuperación de un nombre.*

Libro sumamente atractivo en su conjunto, en el que el lector podrá encontrar una densa interpretación de nuestro siglo XIX realizada por un maestro cuya trayectoria y cuya obra han de ser punto de referencia para cuantos nos dedicamos a este oficio, y que ha sabido en pocas páginas realizar una apasionante meditación sobre la España del Ochocientos.

Rafael Sánchez Mantero

NÚÑEZ, CLAHA EUGENIA: *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1992, 355 pp.

En los últimos veinte años el capital humano es una magnitud económica que ha recibido una creciente atención desde el punto de vista de la teoría, principalmente en Estados Unidos. Según el Premio Nobel Theodor Schultz, se define el capital humano como el conjunto de atributos del hombre y de la mujer que son valiosos y susceptibles de ser aumentados mediante las inversiones adecuadas, y pueden proporcionar —de ahí su valor— satisfacciones futuras, o ingresos futuros, o ambos. Obviamente, esta rentabilidad que posee el capital humano no sólo es personal, sino también social, por lo que su relación con el crecimiento económico es indudable. Determinados fenómenos, como la rapidez con que la economía europea se reconstruyó tras la segunda guerra mundial, han sido relacionados directamente con el capital humano que subsistía en el Viejo Continente. ¿Qué atributos son los que forman parte del capital humano? La salud, la información, la educación se encuentran entre ellos. El componente educativo como factor de capital humano ha atraído el interés de muchos especialistas en esta nueva rama del análisis económico, siendo uno de los primeros problemas metodológicos planteados el de su definición y estimación. Este debate ha pasado en poco tiempo de los teóricos a los historiadores —éste es el caso de Clara Eugenia Núñez—, que se han aplicado a conocer cómo el capital humano ha influido en el progreso económico de un determinado país. Una prueba del predicamento que encuentran estos estudios en la actualidad la tenemos en la dedicación de una de las secciones principales del último congreso de la Asociación Internacional de Historia Económica, celebrado en Lovaina en 1990, a las relaciones históricas entre educación y economía.

La mayoría de los estudios acerca de los efectos de la educación sobre el desarrollo económico se han basado en la escolarización como variable explicativa, haciendo hincapié, en unos casos o en otros, de la alfabetización, de los años de escolaridad o de la inversión en educación. En el libro que nos ocupa, de Clara Eugenia Núñez, se ha entendido que la alfabetización y escolarización por sexos y el gasto público en los distintos niveles de enseñanza son variables explicativas.

De ellas, la autora pone particular énfasis en la escolarización y su evolución histórica en la España contemporánea, porque cree que en una sociedad relativamente atrasada y tradicional como era la española hasta hace pocos decenios, la educación actúa, sobre todo, como variable independiente del crecimiento de la Renta Nacional. Lo contrario ocurriría en un país avanzado, donde la relación es biunívoca: la educación afecta, desde luego, al crecimiento de la renta, pero éste, a su vez, condiciona a aquélla, de forma que un mayor nivel de renta normalmente induce a una mayor demanda de educación.

Uno de los valores que posee el libro de Clara Eugenia Núñez es su originalidad. Se ocupa no sólo del problema secular en España, de la escasez de la oferta educativa, sino también de la demanda social de este servicio, y de sus determinantes. La autora establece que, en el caso de España, la demanda de educación fue tan importante en sus consecuencias como la oferta, si no más decisiva que ésta. El estudio, a partir de un análisis cuantitativo minucioso, abarca todo el conjunto regional español durante el período 1860-1930.

Entre las restantes conclusiones a las que llega la autora destaca la que hace referencia a la importancia de la escolarización equilibrada entre hombres y mujeres para que se dé el crecimiento económico. La educación preferencial masculina representó, en este sentido, un obstáculo histórico a la modernización económica de muchas regiones de España. Por el contrario, la educación equilibrada entre hombres y mujeres habría significado un factor estimulante del progreso económico. Esto fue así porque no se da en esta cuestión una simple relación directa entre educación y productividad. De hecho, a lo largo del período considerado la proporción de mujeres trabajadoras fuera de su hogar era muy baja. Para Clara Eugenia Núñez la difusión equilibrada de la alfabetización entre hombres y mujeres tiene efectos positivos a medio y largo plazo sobre la flexibilidad de las actitudes sociales ante las innovaciones. Fue a través de la formación familiar -tarea que reposaba casi siempre sobre las mujeres- como actuó esta difusión de las actitudes receptivas ante los cambios. No es ocioso mencionar, llegados a este punto, que la abundancia de datos cuantitativos regionales en este libro es mucha. Caben, por tanto, sucesivos y nuevos estudios, en la misma línea que ha marcado la autora, con un enfoque zonal comparativo.

Una tercera conclusión de innegable interés es la relativa a los desequilibrios entre los niveles regionales de enseñanza primaria, se-

cundaria y superior. Clara Eugenia Núñez observa, por ejemplo, en Andalucía una sobreinversión en enseñanza universitaria que encuentra típica de países subdesarrollados y que tendría relación con la peculiar organización regional de los partidos políticos, especialmente durante la Restauración. En esta región el diferencial sexual en educación fue menor que en otras, pero el obstáculo de la escasez relativa de la oferta de enseñanza primaria anuló aquella posible ventaja.

Se trata, en suma, de un libro original y de un alto valor que no sólo interesará a los lectores de materias económicas, sino también a los estudiosos de historia social y regional, y también a quienes se ocupan de una línea muy actual de la historiografía en todos los países, como es la historia de la mujer.

Pedro Tedde de Lorca

PRADOS DE LA ESCOSURA, LEANDRO, Y ZAMAGNI, VEHA (eds.): *El desarrollo económico en Europa del Sur: España e Italia en perspectiva histórica*, Madrid, 1992, Alianza Editorial, 496 pp.

A pesar de la indiscutida superioridad de la historia comparada, el análisis de la evolución económica de España dentro del contexto europeo ha recibido una atención limitada en la historiografía sobre el siglo XX. Y entre nosotros sigue siendo poco frecuente la publicación de investigaciones sobre aspectos históricos de las economías, o de las sociedades, menos avanzadas del continente. El libro editado por Prados de la Escosura y Zamagni constituye, pues, tanto una importante contribución en el esfuerzo por superar una concepción estrictamente nacional de la trayectoria seguida por España durante el siglo actual, como una excepción, aun cuando no la única, dentro del panorama editorial español. Su contenido proporciona considerable información, poco conocida por los no especialistas sobre la economía italiana. Y, sobre todo, matiza de manera remarcable una interpretación todavía dominante de la trayectoria económica seguida por España, en la cual los principales rasgos de su evolución han sido considerados atípicos, y por tanto, excepcionales, en el seno de una supuesta trayectoria común del resto de los países europeos.

Fruto, en gran medida, del entusiasmo y de la capacidad de trabajo y de convocatoria de Prados de la Escosura, el volumen ahora publicado es el resultado parcial del esfuerzo iniciado hace casi un

Críticas

decenio, y en el que han participado el nutrido grupo de historiadores económicos que se menciona en su introducción. Un esfuerzo guiado por el objetivo de tratar de integrar lo ocurrido en España en el marco más general, y con mayor capacidad explicativa, de la historia económica europea mediante la comparación con uno de los países al que se le atribuyen mayores similitudes con nuestro país: Italia.

Como se indica en sus primeras páginas, el libro aspira a proporcionar un enfoque a largo plazo de la modernización económica experimentada por ambos países durante más de un siglo. Organizado en cinco secciones (visión panorámica; cambio agrario; industrialización; sector exterior, y reconstrucción posbélica), se recogen en él quince contribuciones elaboradas por dieciocho autores, entre los que se encuentran algunos de los mejores historiadores económicos sobre ambos países. Y en su conjunto, proporciona elementos suficientes para deducir una nueva interpretación de la evolución económica de España, y en parte de Italia, mucho más rigurosa y matizada de la que sigue siendo habitual entre nosotros.

Sin embargo, y aun a riesgo de que sea considerada una valoración de carácter corporativo, la constatación más inmediata que proporciona la lectura de las casi quinientas páginas de texto es la calidad de las contribuciones sobre España. Aun con este riesgo, no es posible dejar de subrayar que dentro de la apreciable solidez de la mayor parte de las aportaciones, y a pesar del prestigio de los participantes extranjeros cuyas contribuciones se incluyen (Maddison, Milward, Gallassi, Cohen, Federico, Fenoaltea...), la mayoría de las aportaciones de los historiadores españoles se sitúan claramente por encima de la media tanto por la solidez del planteamiento como por el rigor con el que se contrastan las hipótesis.

Así, el artículo de Simpson sobre la agricultura, en el que muestra con contundencia la existencia de varias *agriculturas españolas*, es claramente superior, por amplitud de enfoque, rigor y organización interna, al de Galassi y Cohen sobre el mismo sector en Italia. Y la contribución de Tena sobre protección y competitividad tiene poco que envidiar del modélico texto de Federico, aun cuando uno hubiera esperado de un especialista en la historia del comercio exterior una estimación propia del nivel de protección o, al menos, una utilización más crítica de las cifras de Liepmann. Y ello por no mencionar la aportación de Carreras, en la cual se ofrecen índices, elaborados con criterios homogéneos, del producto industrial en ambos

países, o la de Comín y Martín Aceña, una excelente síntesis de su detallada investigación sobre el IN!

Quizá por su carácter más general y su explícito enfoque comparativo, dos de las aportaciones tienen, en mi opinión, un mayor interés desde la perspectiva del lector interesado en la historia contemporánea y en entender las causas del atraso relativo de España: la del propio Prados de la Escosura y la de Gabriel Tortella. Aun cuando en la magnífica y matizada contribución del primero domine el análisis sistemático y minucioso de las variables consideradas clave en la explicación de las divergencias en el ritmo de crecimiento del producto por habitante, y la del segundo esté centrada en los grandes factores explicativos del atraso relativo de la Europa meridional, ambas pueden considerarse complementarias. Y ello por cuanto convergen en el esfuerzo de elaborar una interpretación, exenta de simplificaciones (salvo la referencia al coste de oportunidad del ocio en la página 43) y de supuestos teóricos faltos de rigor, de las causas del atraso económico español.

y así, en ambas contribuciones aparecen, con mayor nitidez que en el pasado, elementos poco considerados hasta el momento a la hora de explicar las razones de la lenta convergencia de España -todavía no completada como se señala en la página 41, aun cuando demasiado a menudo se ignore-, e Italia con la Europa más desarrollada. Como los obstáculos físicos a la modernización o las diferencias en los niveles de alfabetización, sobre los que insiste Tortella, o la baja dotación e intensificación de *stock* de capital en la economía española reiteradamente mencionadas por Prados.

En su conjunto la evidencia y las hipótesis presentadas en ambos capítulos constituyen una impresionante, por más que embrionaria, palanca para abandonar las simplificaciones a las que ha conducido el uso indiscriminado de los supuestos de la teoría neoclásica del crecimiento. Y, como contrapartida, empezar a introducir en el quehacer de los historiadores de la economía y en las interpretaciones de la senda de crecimiento seguida por la economía española, al menos, los niveles en lugar de las tasas; el volumen del producto o la participación laboral en lugar de, o al menos junto a, las groseras estimaciones de la productividad del trabajo; los rendimientos sectoriales crecientes en lugar de suponerlos siempre implícitamente constantes, y estructuras de mercado de competencia imperfecta aun en presencia de un número elevado de empresas en un mismo sector.

Como es obvio, la indiscutible importancia del libro y su interés para todos aquellos interesados en la historia contemporánea no implica que el contenido de sus capítulos, por separado o en su conjunto, sea inobjetable. Así, en algunos de ellos se constata un claro abuso del análisis de regresión y, en otros, las referencias (cruzadas entre ellos o a la situación del problema estudiado en los otros países) serán consideradas insuficientes por muchos en un proyecto cuyo origen se remonta a hace casi un decenio. El firme propósito de superar los estrechos márgenes de las historias nacionales que los editores apuntan en la introducción queda con ello, en parte, frustrado al estar un tercio de las contribuciones referidas de forma exclusiva a un solo país. Pero estos u otros aspectos puntuales de los que puede discreparse no matizan la trascendencia del contenido del libro: situar nuestros conocimientos de la historia de la economía española durante el siglo XX en un nivel sensiblemente superior al existente antes de su publicación.

Jordi Palafox

FERNÁNDEZ PRIETO, LOURENZO: *Labregos con ciencia. Estado, sociedad e innovación tecnológica na agricultura galega, 18.50-1939*, Ed. Xerais, Vigo, 1992, 518 pp.

El autor de este libro, que considero una de las obras más importantes de la historiografía contemporánea gallega de los últimos años, pretende nada menos (y así lo expresa en las primeras páginas con desenfadado impudor científico) que desmitificar la visión general de atraso tradicional y permanente que sobre la agricultura gallega habían mostrado los primeros estudios que abordaron esta temática. Estudios que, por otra parte, no hacían más que repetir un tópico relativamente reciente, pues nadie puede dudar hoy en día, después de los trabajos de Eiras Roel, Pérez Carcía, P. Saavedra y demás modernistas gallegos, de la notable perfección y desarrollo de la economía agrícola —y la paralela evolución poblacional— durante el régimen señorial, y su desestructuración, no siempre negativa, durante las reformas liberales del XIX que, entre otras consecuencias, daría lugar al fenómeno característico y crucial del mundo contemporáneo gallego: la emigración.

Este tópic, considerado como verdad incuestionable y repetido continuamente sin mostrar interés alguno sobre su certeza, era el de considerar al campesino gallego *inculto*, individualista, sometido a creencias irracionales y animistas, desinteresado de los avances técnicos y de la producción más allá de los límites de la autosubsistencia. A partir de esta investigación, y aun cuando alguna de sus conclusiones pueda ser discutida y matizada, esta peyorativa concepción ha dejado de existir. **Recalco**, a efectos de reflexiones generalistas sobre desarrollo o no de la economía gallega, que este trabajo se centra en el mundo campesino; otra cosa es la actuación de la burguesía gallega, que no es objeto ahora de análisis.

Desde finales del siglo XIX hasta la guerra civil, la agricultura gallega va a experimentar una evolución (yo no hablaría de revolución) que, por otro lado, no hace más que reproducir muchos puntos comunes de otros países: caída de las tasas de actividad del sector primario (facilitada por la emigración), mecanización creciente y aumento de la productividad. ¿Quiénes fueron los agentes de estos cambios? Indudablemente, la propia sociedad campesina (a través de sociedades de agricultores, sindicatos agrícolas, federaciones comarcales, etc.), pero también la acción del Estado de la Restauración (sobre todo con las instituciones de investigación y difusión de las innovaciones técnicas, como las Granjas Experimentales, la Misión Biológica, cátedras ambulantes, creación de plazas de veterinarios, etcétera).

El resultado de esta acción es que «las décadas de los años diez y veinte de este siglo presencian un esplendor del sector agrario que apenas tiene parangón ni antes ni después», en opinión de Ramón Villares, prologuista de este libro y orientador y director de los últimos estudios acerca de la historia agraria contemporánea gallega.

La investigación de Fernández Prieto, joven y prometedor profesor de la Universidad de Santiago, se estructura en varias fases: Una primera centrada en el análisis de las aisladas tentativas de innovación que se producen en la agricultura gallega desde mediados del siglo XIX hasta la crisis finisecular. En la segunda se aborda la actuación conjunta del Estado y la sociedad, esto es, las condiciones y los impulsos sociales e institucionales de la renovación tecnológica en el primer tercio del XX. Un capítulo está reservado para estudiar la formación y la organización de la estructura institucional de la innovación, de la red de centros de investigación y experimentación agraria

de iniciativa estatal, preferentemente. En otro se estudia la creación y organización del movimiento societario campesino y la renovación productiva a través de la mecanización, fertilizantes y semillas preparadas, mejora de la cabaña vacuna y creación de canales de comercialización.

El resultado de este análisis es que las condiciones de transformación agraria en Galicia son similares a las de los países de su ámbito, y que la inserción de la agricultura campesina en el mercado se va produciendo a medida que crece la demanda de los medios de producción de origen industrial y la incorporación de la ciencia. Justamente en la tercera parte se describen y explican algunas de las mejoras realizadas a lo largo de este período: la innovación zootécnica, sobresaliendo la creación de la raza rubia gallega, y la especialización lechera en cuanto al vacuno y el protagonismo del porcino; la incorporación de las máquinas al proceso productivo agrícola; las mejoras en la fertilización con el creciente empleo de los abonos inorgánicos; cambios en los cultivos y selección de simientes, etcétera.

En definitiva, aunque la revolución agrícola tiene un proceso gradual y poco espectacular, y su impacto fundamental sólo se observa con verdadera fuerza después de la segunda guerra mundial, tal y como han expuesto F. M. L. Thompson y D. Grigg entre otros, el paciente y denso trabajo de Fernández Prieto intenta demostrar que la participación de la agricultura gallega en este proceso de cambios se realiza en tiempo y modo adecuados y parejos al resto de los países. ¿Cuál fue el factor condicionante que impidió el normal desarrollo de estas transformaciones que se estaban produciendo? La contestación es contundente: «La guerra civil y el franquismo hicieron más que acabar con el proceso, cambiaron su sentido y sus protagonistas y beneficiarios.» Desde 1936 las condiciones de desenvolvimiento agrario cambiaron, se rompió la orientación progresiva hacia la modernización, el país sufrió una dura y empobrecedora regularización y hasta finales de los años sesenta no se recuperaron los niveles de 1930.

En resumen, este importante libro nos muestra a un campesinado gallego que se va adaptando de manera progresiva y normalizada a las transformaciones liberales y a la introducción del capitalismo desde la crisis finisecular hasta la ruptura general de la guerra civil; esta nueva imagen contrasta con la tradicional de atraso e ignorancia

que nos mostraban los estudios, de carácter economicista principalmente, de hace un par de décadas.

Jesús de Juana

ABELLÁN, JOSÉ LUIS, y MALLO, TOMÁS: *La escuela de Madrid. Un ensayo de filosofía*, Asamblea de Madrid, Colección de Estudios Parlamentarios, Madrid, 1991.

Entre 1932 Y 1936 cuaja en la Universidad de Madrid un proyecto de enseñanza universitaria en materias humanísticas -Filosofía y Letras, Derecho y Pedagogía- que tendrá honda repercusión en todo el ámbito de la cultura hispánica. Las reformas puestas en marcha por los responsables del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes del primer gobierno de la Segunda República española venían a satisfacer un deseo de actualización cuyo precedente inmediato había sido el abortado decreto de autonomía universitaria del gobierno Maura en 1919. Su telón de fondo es la conciencia de crisis que la sociedad española cobra a raíz del desastre histórico de 1898, conciencia que desata la polémica sobre la europeización de España, en cuyo seno se articulan los esfuerzos para modernizar la enseñanza pública en todos los niveles, pero especialmente en el universitario.

Este libro oportuno cuenta la historia de la Escuela de Madrid, núcleo inspirador de la reforma y, a la vez, secuela institucional de ella. Aunque Abellán y Mallo tienen en cuenta investigaciones precedentes -especialmente las de Marías (*La escuela de Madrid*, 1959) y Ferrater Mora (*Diccionario de Filosofía*, 1958; véase nota 4, página 15)-, ofrecen una visión más amplia al trascender el sentido de mera escuela filosófica, cosa que indudablemente es, y situar su quehacer en el ya citado marco de la reforma universitaria de 1931 y en los efectos que ésta tuvo sobre la sociedad española de su tiempo y, en años posteriores, en varios países de la América de habla hispana.

Por un lado, cabe hablar de *escuela* en sentido estricto porque hay un grupo de filósofos y profesores con «una misma orientación doctrinal» (p. 9), que tendría su origen en la filosofía de Ortega y Gasset, reconocido por los demás miembros -incluso por alguno de mayor de edad, como Morente- como punto de partida para sus propios trabajos filosóficos. El núcleo inicial de la Escuela de Madrid estaría formado, además de por los citados Ortega y Morente, por Ja-

vier Zubiri y José Caos, todos ellos catedráticos de la sección de filosofía de la Universidad de Madrid. Por otro, la noción de *escuela* se vuelve problemática si atendemos al hecho de las proyecciones y vínculos que sus miembros —y especialmente Ortega— establecen con otras instituciones y personas más allá del ámbito de la filosofía académica.

La obra consta de once capítulos y tres apéndices. Los seis primeros son los dedicados a analizar los orígenes (1910-1932), establecimiento (1932-1936) y disolución y diáspora (1936-1955) de la escuela. Los restantes contienen estudios sobre sus miembros más destacados: Zubiri, a quien se dedica el capítulo VIII; a Caos, el IX; y a Marías, el X, que aunque no fuera miembro del núcleo inicial, su proximidad al fundador y su trayectoria como continuador del legado filosófico orteguiano le convierten en una de las piezas claves de la tradición en que se resuelve, históricamente hablando, la existencia de la Escuela, tal y como se expone en el capítulo XI y último, titulado, precisamente, «De Escuela a Tradición» (pp. 145 y ss.). Añadamos que la figura de Ortega tiene un tratamiento especial, a lo largo de toda la obra y que el capítulo IV está dedicado a la vida y obra de Morente.

En 1930, Ortega pronuncia su conferencia «Misión de la Universidad» y un año después Morente es nombrado decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. El primero termina por fijar la doctrina de la reforma. En la mencionada conferencia leemos: «Es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esta es la tarea universitaria radical» (*Obras completas*, vol. IV, Madrid, 1983, p. 323); el segundo dirigirá su implantación. Una profunda interdisciplinariedad, lo que es visible, por ejemplo, en el programa que tenían que seguir los estudiantes de la especialidad de filosofía (véase Apéndice C), el carácter abierto del plan de estudios, que daba máxima autonomía a los estudiantes para elaborar sus programas y a los profesores para ofertar cursos, y un equilibrio entre los saberes tradicionales —las lenguas clásicas tienen un trato de privilegio— y las disciplinas más novedosas son los principales rasgos de plan experimental que se aplicó en Madrid y Barcelona a partir del curso 1931-1932.

El éxito de la reforma, una vez aprobados los decretos, pasaba a depender de que los profesores responsables de su aplicación com-

partieran una cierta unidad de estilo respecto de los objetivos de la enseñanza universitaria y de los medios para alcanzarlos. Esto es lo que aportó la Escuela de Madrid, de la que pasaron a formar parte otros profesores vinculados a la reforma. Fue posible esa *unidad de estilo* gracias a la *proyección orteguiana en el ámbito de la pedagogía* en la persona y obra de Lorenzo Luzuriaga, en Juan Zaragüeta y en Joaquín Xirau, que, aunque formado en Barcelona, se doctora en Madrid y traslada a la Universidad de Barcelona las orientaciones de la Escuela de Madrid. También en la Facultad de Derecho se dio esta *proyección orteguiana* en las personas de Luis Recasens Siches y Francisco Ayala.

Fuera del ámbito universitario la Escuela mantuvo relaciones con la Institución Libre de Enseñanza (Centro de Estudios Históricos, Residencia de Estudiantes, Residencia de Señoritas -su directora María de Maeztu era persona muy cercana a Ortega-) y con *Revista de Occidente*, cuyas publicaciones se convirtieron en una vía de comunicación de los miembros de la Escuela con el mundo extrauniversitario.

El Decreto de 30 de abril de 1935 que «autorizaba a todas las Facultades de Filosofía y Letras a poner en vigor el plan de 1931» (p. 37) reconocía la fecundidad de las reformas iniciadas en Madrid unos años antes. Es también el momento de plena madurez de los miembros iniciales de la Escuela, a la que se han incorporado otros más jóvenes, como María Zambrano, profesora auxiliar de filosofía en estos años. La primera generación de universitarios formada en las facultades reformadas está a punto de obtener sus licenciaturas. Se trata de los que luego prolongarán en su actividad académica e investigadora el espíritu de la Escuela de Madrid: J. Marías, A. Rodríguez Huéscar, M. Granell, M. Mindán, etc. (p. 14; véase capítulo XI).

Pues bien, la guerra civil que estalla en julio de 1936 terminará con la vida institucional de la Escuela, alterando gravemente los destinos profesional y personal de sus miembros. Creo que Abellán y Mallo han acertado al desdeñar posibles lecturas políticas en la evolución de éstos -evitando «el simplismo reduccionista impuesto por la guerra civil» (p. 83)- Y preferir el hilo conductor de sus ideas y actuaciones académicas. Es ahí donde sobrevive el espíritu de la Escuela, curioso legado -porque la herencia nos llega *a través* de una catástrofe-o Y también aciertan al no evitar el espinoso asunto del «silencio de Ortega» ante los dos bandos en guerra. Si la Escuela de

Madrid fue una creación orteguiana -**lo** que los autores documentan sobradamente-; si sus orígenes hay que buscarlos en el programa de salvación de la circunstancia española a través de una cultura *a la altura de los tiempos*, entonces su reacción ante la situación creada por la guerra tenía que ser decisiva para la suerte de la Escuela: «En sentido estricto, la *Escuela de Madrid* desapareció con la guerra, al disolverse la plataforma universitaria desde la cual operaba básicamente, así como por haber Ortega renunciado voluntariamente al liderazgo natural sobre la misma» (p. 84). La cuestión de por qué Ortega mantuvo silencio permanece aún abierta a discusión. Abellán y Mallo la despachan aquí con cierta premura. Calificar de *sibilinas* las alusiones de Ortega a la guerra civil en «Prólogo para ingleses» (a *La rebelión de las masas*) -cuando éstas son transparentes en su intención- y afrentar a Ortega con una requisitoria de I. Bergamín -véase p. 79- sin precisar la filiación política de éste en 1940 -bien conocida hoy- (véase O. Paz, *Al paso*, Barcelona, 1992, pp. 151-152, YH. R. Lottman, *La rive gauche*, Barcelona, 1985, pp. 135 Yss.) supone inducir oscuridad sobre un asunto que no puede considerarse de importancia menor.

El lector de *La escuela de Madrid* tiene ante sí una historia filosófica y cultural española desde 1910 hasta casi nuestros días, así como de sus secuelas en el exilio hispanoamericano, de primera magnitud en México (Gaos, p. 125), la Argentina (Ortega, Luzuriaga y Ayala, p. 59), Puerto Rico (Rodríguez Huéscar, p. 63) Y Venezuela (Granell, p. 145). El volumen de información que contiene y la justeza de sus planteamientos harán que esta obra se convierta en obligado punto de referencia para investigaciones sobre la historia de las ideas en el ámbito del pensamiento en lengua española. Por eno es de lamentar que no hayan añadido a su trabajo un índice de nombres y una bibliografía sistemática.

El libro termina con estas palabras: «Todos los que después nos hemos ocupado en lengua española de cuestiones filosóficas hemos visto enriquecido nuestro acervo y somos deudores de un capital insospechado -**e** inédito hasta este momento-- en nuestra historia cultural» (p. 153). En efecto, la última peculiaridad de la Escuela de Madrid es la de ser una herencia que, hasta cierto punto, venía siendo ignorada -**si** no repudiada- por sus herederos. Este libro asume dicha herencia, y en tal sentido, más que oportuno es necesario.

J. Lasaga

TUSELL, JAVIER: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992, 428 pp.

La conmemoración del centenario del nacimiento de Francisco Franco no ha sido, lamentablemente, una ocasión para enriquecer de manera significativa nuestro conocimiento de un personaje tan decisivo sobre la vida española del siglo XX. Aparte de la hornada habitual de estudios locales, no muy ambiciosos en sus planteamientos, así como de algunos ensayos biográficos algo sesgados, y a la espera del estudio realizado por Paul Preston, los amantes de la historia deben seguir orientándose con las claves interpretativas que, en 1985, brindara Juan Pablo Fusi en un ensayo tan breve como certero.

Javier Tusell, con el notable sentido de la oportunidad que le caracteriza en la elección de sus temas de investigación, viene dedicando desde hace años una atención preferente a la figura del dictador español, y puede presentar el conjunto de algunos de sus trabajos realizados hasta ahora como fruto de un plan coherente, que arranca de su análisis sobre *La oposición democrática al franquismo* (1977), y que ha pasado por el estudio de algunos aspectos de los apoyos interiores y de las relaciones diplomáticas del régimen, hasta llegar al estudio que ahora nos ocupa. La panorámica del plan presentado por Tusell ofrece, ciertamente, muchas lagunas por rellenar, pero los resultados obtenidos le confirman, indudablemente, como una máxima autoridad en el conocimiento de Franco y su época.

El trabajo que ahora aparece quiere ser, como el propio autor advierte, un estudio en torno al poder, y de ahí que lo subtitule como una biografía política. Con ese planteamiento Tusell no hace sino moverse en el convencimiento, muy de actualidad, de que un elemento clave de toda historia política es el del acceso y ejercicio del poder.

Contra lo que ha sido una tradición generalizada, Tusell no ha centrado su atención en la prolongada duración del régimen, sino en las circunstancias que hicieron posible que Franco se convirtiera en un dictador, momento germinal que el autor sitúa en las condiciones creadas por la guerra civil. Por otra parte, en la medida que se trata de conocer las condiciones de ejercicio de un poder tan excepcional, el autor ha tenido que dirigir su atención a otro aspecto también descuidado por la reciente historiografía de la guerra civil, como es el de la evolución política interna del bando vencedor. Eso le ha lleva-

do a dedicar una permanente atención a las diversas etapas de la organización del Estado franquista, que era fiel trasunto de la persona que ocupaba el vértice del sistema.

En orden a la consecución de esos objetivos Javier Tusell se ha mantenido fiel a su trayectoria de descubridor y desentrañador de nuevos archivos que, sin que ofrezcan informaciones radicalmente distintas sobre el período, permiten el descubrimiento de matices de indudable interés. Según el autor, «la localización y agotamiento de esas fuentes» resulta una exigencia de todo buen profesional de la Historia, exigencia a la que, sin duda, él ha respondido más que sobradamente a lo largo de los últimos años.

Para el presente estudio han sido de especial interés las anotaciones contenidas en los diarios redactados por el conde de Rodezno durante su gestión ministerial, así como los testimonios de algunas otras figuras secundarias, pero que desempeñaron papeles cruciales en las batallas políticas que se desarrollaron en los meses finales de 1936 y en los iniciales de 1937. De ahí la relevancia de testimonios como el de Gómez Jordana, disciplinado organizador del aparato franquista de retaguardia, o de los que, como Fal Conde, fueron protagonistas de la batalla política de la unificación entre falangistas, monárquicos y tradicionalistas.

Todo ese aparato crítico aparece someramente descrito en unos apéndices a los que también se remiten las notas indicadas en el texto, quizás con el propósito de favorecer la lectura continuada y de no obstaculizar el desarrollo de la línea argumental sugerida por el autor.

Esta consiste, en sus líneas más esenciales, en presentarnos a un general Franco que, por la trayectoria que había descrito hasta el momento de la sublevación, distaba mucho de aparecer como el jefe indiscutido e indiscutible de la misma. Nada, en los precedentes de Franco, podía hacer presagiar en 1936 que se fuera a convertir en dictador o en una figura política excepcional.

Tusell, por tanto, dirige su atención a las condiciones creadas tras la sublevación, con la organización de un nuevo Estado que mereció a Serrano Súñer el calificativo de «campamental», por su tono de provisionalidad y por su completa dependencia de las exigencias de las operaciones militares. En esas circunstancias se asistió a una situación de policentrismo, en la que destaca la figura del general Queipo de Llano, auténtico virrey de Andalucía, hacia el que el autor demuestra una notable comprensión y capacidad de indulgencia.

En esas circunstancias, en cualquier caso, se produjo el ascenso de Franco a la jefatura del Estado, tal vez porque se tratase de un joven general victorioso y sin una filiación política caracterizada, a la vez que la Junta Técnica del Estado aparecía como el embrión de una organización ministerial. Fue también el momento de Nicolás Franco al frente de la Secretaría General del Estado, desde la que ejerció una influencia decisiva hasta la primavera de 1937.

Se trataba, sin duda, de un primer paso en el camino hacia el afianzamiento en el poder, pero Tusell le concede mucha importancia, ya que, en su opinión, la idea de convertirse en un dictador vitalicio debió madurar en la mente de Franco en una fecha muy temprana y eso ayudaría a comprender los acontecimientos posteriores en la clave de decisiones encaminadas al fortalecimiento de ese poder personal.

Las circunstancias que lo hicieron posible, y eso forma ya parte de las conclusiones del estudio, fueron de diverso signo. La primera derivaría de la prolongación de una guerra, sin apenas reveses militares, que proporcionó a Franco un sólido prestigio de general victorioso.

Por otra parte, lo que podía haber sido una pura dictadura militar se adornó con un ropaje ideológico que, con el apoyo de Ramón Serrano Súñer, buscó su inspiración en los modelos fascistas, pero que se atemperó con el recurso a una supuesta tradición caudillista española, que se manifestaba con la aparición de figuras salvadoras en los momentos difíciles de su historia.

Franco lo incorporó todo para satisfacer lo que Tusell denomina, tal vez con un exceso de retórica, una «radical avaricia de poder» que le llevaba a no tener otro punto de referencia que «él mismo». Para conseguirlo demostró poseer unas excepcionales cualidades en la tarea de dividir y anular a sus potenciales adversarios, hasta conseguir consolidar un régimen que perduraría durante casi cuatro décadas.

Los avatares que durante los años de la guerra civil llevan a esa situación son analizados por Tusell en un texto lleno de información y de sugerencias que confirman, una vez más, la presencia del historiador de empuje y con capacidad para plantear renovadoras hipótesis de trabajo.

La historia política española se enriquece, además, con un trabajo que demuestra el buen olfato de su autor para seguir las corrientes historiográficas más actuales, especialmente las que desde Francia

(Rémond, Berstein) o Inglaterra (L. Stone) vienen propugnando la renovación de la historia política. En ese sentido, el desarrollo del estudio en clave de poder político resulta un indudable acierto del autor, que consolida aún más una trayectoria historiográfica tan fructífera como brillante.

Octavio Ruiz Manjón